

el ojo de la cerradura

clark carrados



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

EL OJO DE LA CERRADURA

Colección PUNTO ROJO n.º 519

Publicación semanal

Aparece los SABADOS



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito Legal B 4.788 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1972

© CLARK CARRADOS - 1972
sobre la parte literaria

© DESILO - 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **BISONTE**:

1.246.—Barro rojo, barro de sangre.

En Colección **SERVICIO SECRETO**:

1.127.—La muerte bajo siete llaves.

En Colección **BUFALO**:

958.—Ciudad de locos.

En Colección **CALIFORNIA**:

791.—Torrente de oro.

En Colección **COLORADO**:

748.—La ciudad comprada.

En Colección **KANSAS**:

717.—Tumba para un hombre malo.

En Colección **BRAVO OESTE**:

526.—Bancarrota a tiros.

En Colección **PUNTO ROJO**:

513.—El libro de cuentas de la muerte.

En Colección **SALVAJE TEXAS**:

818.—El fin de la cuenta.

En Colección **ASES DEL OESTE**:

635.—Las siete chicas de oro.

En Colección **BISONTE SERIE AZUL**:

52.—Un camino para morir.

CAPÍTULO PRIMERO

La isla estallaba de luz bajo el sol tropical. Las aguas tenían una transparencia esmeraldina y, en tierra firme, las plantas y las flores componían una sinfonía de color inigualable.

Sentado en la terraza de su finca de recreo, Stanley G. Barrie pereceaba en una tumbona, a la sombra y junto al borde de un acantilado de diez o doce metros de profundidad. Las aguas batían mansamente contra las rocas.

Bajo la superficie del mar, se veían algunas sombras alargadas deslizándose velozmente en todos los sentidos. Los escualos se agitaban nerviosamente.

Al lado de su tumbona, Barrie tenía una mesita con refrescos. Una gran sombrilla multicolor le protegía de los rayos solares.

Barrie dormitaba a medias. La suya era una agradable existencia, en la isla paradisíaca. No hacer nada, no pensar en nada, vivir cómodamente, disfrutando del lujo de una excelente temperatura, sin trabajar... ¡Era algo maravilloso!

En aquellos momentos, se acercaba una lancha rápida a la isla. Además del piloto —era una motora de alquiler—, viajaba otro hombre.

El pasajero era un tipo delgado, de rostro cetrino, oculto a medias por unas grandes gafas ahumadas. Vestía de blanco, pero su camisa era de color azul oscuro. Su sombrero, igualmente blanco, estaba adornado con una ancha y vistosa cinta de colores.

Bajo el lado izquierdo de la chaqueta, se percibía un bulto de aspecto altamente sospechoso. De sus labios delgados y crueles, pendía un cigarrillo humeante.

Al entrar en el puerto, atestado de yates de recreo, algunos de ellos verdaderos palacios flotantes, el cigarrillo fue a parar al agua. Momentos después, la lancha atracaba a uno de los muelles.

El pasajero saltó a tierra.

—Aguárdeme aquí —dijo—. No tardaré mucho.

—Bien, señor —contestó el piloto.

El pasajero tomó un taxi en el mismo puerto y le dio una dirección. Barrie ignoraba esta circunstancia.

Un criado negro salió de la lujosa mansión, empujando un carrito de ruedas, atestado de sangrantes trozos de carne.

—Señor, es la hora de la comida de los tiburones —anunció.

Barrie se despezó.

—Ah, sí, Tom —dijo—. Muchas gracias; casi me había quedado dormido.

—Hoy es mi día libre, señor —dijo el criado—. Tiene todo preparado en el frigorífico; no falta de nada.

—Gracias, Tom —sonrió Barrie—. No sé qué haría sin ti —metió la mano en el bolsillo y sacó unos billetes—. Toma, para que pases un buen día.

—Mil gracias, señor —contestó el criado, enseñando unos dientes blanquísimos—. Estaré de vuelta a las diez de la noche.

Tom se marchó. En la puerta de la casa tenía su bicicleta, con la que se dirigió hacia la ciudad.

A trescientos metros, se encontró con un taxi parado, del que descendía un pasajero. Tom no le concedió ninguna importancia al suceso. Los turistas acudían continuamente a la isla.

Siguió pedaleando, mientras el recién llegado ordenaba al taxista que le aguardara en el mismo sitio.

El hombre del traje blanco y las gafas oscuras siguió a pie. Mientras tanto, Barrie, provisto de unas grandes pinzas, arrojaba trozos de carne al mar.

Los tiburones se agitaban frenéticamente. Las aguas espumeaban por los coletazos de los escualos.

Entretenido en su labor, Barrie no se dio cuenta de que alguien se le acercaba, hasta que oyó una voz a sus espaldas:

—¿Tienen apetito los tiburones?

Barrie se volvió. Sobresaltado, escrutó el rostro del individuo que tenía frente a sí.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Me envía Lissi —respondió el desconocido.

Un sudor helado cubrió instantáneamente la frente de Barrie.

—Ah... sí, mi buen amigo Lissi —dijo, esforzándose por sonreír—. Te... tengo que escribirle...

—Lissi se ha cansado de esperar.

—Debe tener paciencia; aún es demasiado pronto...

—Han pasado tres años largos —dijo, inflexible, el recién llegado—. Lissi se ha cansado de esperar y, puesto que ya no va a tener su parte, al menos, usted tampoco disfrutará del botín.

—¡Espere un momento! —chilló Barrie, invadido por el pánico—. Yo le diré...

—Es tarde ya —habló el otro torvamente—. Traigo unas órdenes concretas y debo cumplirlas.

Su mano derecha se disparó súbitamente. Barrie se tambaleó, braceando con frenesí, a fin de conservar el equilibrio.

Durante un segundo, permaneció al borde del acantilado, inclinado

hacia atrás. Con diabólica sonrisa, el otro volvió a empujarle.

Un horrible alarido brotó de los labios de Barrie, cortado en seco por el chapuzón en el agua. Barrie emergió desesperadamente, en medio de un círculo de voraces escualos.

El asesino se inclinó, morbosamente atraído por la horrible escena. Las aguas se tiñeron de rojo.

Al cabo de unos momentos, el asesino se enderezó y dio media vuelta. Regresó al taxi, que le llevó de nuevo al puerto.

—Ya podemos zarpar —dijo al piloto de la lancha, una vez estuvo a bordo.

—Muy bien, señor —contestó el marino—. ¿Resultó bien el negocio?

—Magnífico —sonrió el asesino, a la vez que se ponía un cigarrillo en la boca—. Ha sido un éxito completo.

El piloto no dijo nada y dio marcha atrás. Luego, hizo virar la embarcación y, cuando estuvo fuera del puerto, dio gas al motor.

La costa de Estados Unidos se hallaba a unas docenas de millas. Cuando la lancha se encontraba a mitad de camino, el piloto sacó una pistola.

Nadie oyó el disparo, ni siquiera el hombre de las gafas oscuras, que no se enteró siquiera de que moría.

Luego, el piloto ató un peso a los pies del cadáver y lo arrojó al mar.

Cuando llegó a puerto, saltó a tierra y buscó una cabina telefónica. Marcó un número y aguardó unos instantes.

—Habla, Lissi —dijo una voz a poco.

—Soy Flack. Todo listo, jefe.

—Muy bien, Flack. Has hecho un buen trabajo.

—Resultó fácil —rio el piloto—. ¿Algo más?

—No, ya sabes lo que tienes que hacer. Eso es todo.

—Bien, jefe.

Flack colgó el teléfono. Salió de la cabina y, silbando alegremente, se dirigió a un estacionamiento público, donde tenía su automóvil. Minutos después, abandonaba la ciudad.

* * *

Sonó el teléfono. Clifford E. Miles estaba examinando unos papeles y alargó la mano para descolgar el aparato.

—Miles al habla —dijo.

—Hola, Cliff —sonó una voz conocida—. Tengo un trabajito para ti.

—Vaya, jefe, ahora que estaba con la carpeta de McConnell...

—Deja eso, carece de importancia ante la que te espera.

—¿Es un asunto gordo?

—Lo es, Cliff. Acuérdate del robo al furgón blindado de la Security Express.

—¡Maldición! —juró Miles—. ¿Otra vez ese condenado caso?

—Nunca lo hemos abandonado, Cliff. Y ahora se vuelve a reactivar.

—Está bien. ¿Qué noticias hay?

—La primera, y principal, es que Barrie ha muerto. Devorado por los tiburones, en Salaya.

Miles silbó.

—No es una muerte agradable —comentó.

—Mucho menos, cuando se sospecha que fue intencionada, muchacho.

—¿Cómo? —Miles se estremeció—. ¿Quiere decir que lo lanzaron al mar, en una zona infestada de tiburones?

—Sí, eso mismo quiero decir. Me ha llegado un informe del jefe de policía de Salaya, con muchos detalles, entre ellos, la descripción del posible asesino de Barrie.

—Dígamela a mí, jefe —pidió Miles.

—Alto, delgado, cetrino, de labios muy finos.

—Turpin Moss —identificó Miles en el acto.

—El mismo. Era el «ejecutor» de Lissi.

—¿Era? ¿Es que ha muerto?

—Se sabe que fue a Salaya, pero no se tienen noticias de que haya vuelto. Yo opino que Lissi, una vez ejecutada la muerte de Barrie, lo quitó de en medio. A los tipos como Lissi no les conviene tener a su servicio, durante demasiado tiempo, un asesino personal. A la larga o a la corta, se van de la lengua, ¿comprendes?

—Sí, desde luego. Pero no entiendo por qué Lissi hizo matar a Barrie.

—Quizá tiene alguna carta en reserva; acaso se hartó de esperar y dijo: «Puesto que yo no disfruto del botín, tú tampoco».

—Puede ser un argumento razonable, jefe —admitió Miles—. ¿Y bien, qué he de hacer ahora?

—Reabrir el caso, muchacho. Te toca a ti, yo no puedo.

—Hombre, jefe, no me diga que...

Sonó una risita irónica.

—Cliff, yo siempre he detestado el alpinismo. El que no se rompe el cuello, se rompe un brazo o una pierna. Por eso me dediqué a la pesca en los fines de semana; es un deporte apacible, tranquilo y nada peligroso. Solo que, a veces, uno tropieza, cae en mala postura... ¡y se rompe un fémur!

—¡Atiza!

—Así es, muchacho. Te hablo desde el hospital de Clearville, en donde llevo ya casi una semana. No te dije nada antes, porque no había casos de importancia, pero habiendo muerto Barrie, la cosa varía.

—Sí, desde luego. Y más, si se piensa en los dos millones robados y que jamás aparecieron.

—Cliff, piensa también en los cinco guardias del furgón blindado. Murieron salvajemente asesinados.

—No los olvido, jefe —contestó Miles—. Fue un crimen repugnante, ejecutado con toda saña.

—Los autores no han sido hallados. Se sospecha de unos cuantos, pero no hay pruebas en absoluto. Ahora bien, si el que se suponía era el cerebro y director de la operación, ha muerto asesinado, es que las cosas se están poniendo a punto de explosión. Y hay que actuar cuanto antes.

—Muy bien, jefe. ¿Le parece que empiece por Vera Haddock?

—¿La antigua secretaria de Barrie?

—Sí, la misma. Siempre se la consideró inocente del robo, pero, en otro sentido, conocía bastante bien los asuntos personales de Barrie.

—Muy bien, como quieras, Cliff. El caso es tuyo a partir de ahora. Tú fuiste mi ayudante durante todas las investigaciones que hicimos tres años atrás y lo conoces mejor que nadie. ¡Suerte, muchacho!

Miles volvió el teléfono a la horquilla, a la vez que lanzaba un suspiro de resignación.

—Menuda bicoca me ha caído encima —murmuró con acento de queja.

Un furgón blindado, con dos millones volatilizados y cinco empleados muertos.

Había sospechosos, pero no se les había probado nada jamás.

Uno de los sospechosos acababa de morir, presumiblemente asesinado. El hecho reactivaba nuevamente el caso.

Y, como su jefe había dicho, lo ponía a punto de explosión.

CAPÍTULO II

Alguien llamó a la puerta. Archie Cobb alzó la vista del libro que leía en aquellos momentos.

—¿Quién será a estas horas? —murmuró.

Hacía rato ya que habían caído las sombras de la noche. Receloso, Cobb se puso en pie, comprobó la carga del pequeño revólver que tenía a mano y luego se lo echó al bolsillo posterior de los pantalones.

Cruzó la sala y atisbó a través de la mirilla. Al otro lado había una mujer, alta y esbelta, de largos cabellos rubios, vestida con gran elegancia.

Cobb abrió con la mano izquierda. La derecha quedaba muy cerca del revólver.

—¿Qué desea, señora? —preguntó.

—¿Es usted Archie Cobb? —dijo la desconocida.

—Así me llamo —confirmó el aludido—. ¿En qué puedo servirla?

—Desearía hablar unos momentos con usted. Se trata de una encuesta social, señor Cobb.

—¿A estas horas?

La desconocida sonrió.

—Comprendo que le extrañe a usted, pero en esta clase de trabajos no se puede elegir el horario —contestó.

—Está bien —se resignó Cobb—. Entre usted, señora.

Ella cruzó el umbral. Cobb reparó maquinalmente en el gran bolso de cuero negro, que pendía de su hombro izquierdo por medio de una correa.

—¿Sobre qué tema versa su encuesta, señora? —preguntó el dueño de la casa.

—Un momento, por favor —dijo la joven.

Abrió el bolso, metió la mano y la sacó armada con una enorme pistola, provista de silenciador.

—Este es el tema —manifestó fríamente.

Cobb dio un salto.

—Señora, si tiene ganas de bromear... —rezongó.

—No he venido para bromear —dijo ella fríamente—. He venido para recordarle a cinco hombres asesinados hace algo más de tres años.

La cara de Cobb se cubrió de una palidez espantosa.

—Espere, yo no...

—He esperado durante tres años —cortó la desconocida—. Ya es suficiente.

Desesperado, Cobb intentó echar mano al revólver, pero ella hizo fuego

primero.

La bala alcanzó a Cobb en el pecho y lo derribó sobre la alfombra. El silenciador apagó el estruendo del disparo.

Cobb se movía aún. Ella hizo un segundo disparo.

Luego, tranquilamente, guardó la pistola, giró sobre sus talones y abandonó la casa.

Las luces rojas de cola de un coche se perdieron rápidamente en la oscuridad.

* * *

Vera Haddock suspendió el tecleo sobre su máquina de escribir al oír sonar el timbre de la puerta. Cuando abrió, se encontró delante de un rostro conocido.

—Ah, es usted —dijo.

Miles se quitó el sombrero cortésmente.

—Hace tres años que no nos veíamos, ¿verdad? —sonrió.

—Cierto —admitió ella—. Y aún recuerdo el sinnúmero de molestias que ustedes me dieron.

—Cumplíamos con nuestro deber, señorita Haddock —se excusó el visitante—. Por favor, ¿puedo pasar?

Vera hizo un gesto de resignada aquiescencia.

—¡Qué otro remedio me queda! —contestó—. ¿Va a volver a hablarme del mismo tema?

Los ojos de Miles escrutaron perspicazmente el interior de la estancia. Al fondo divisó un rinconcito preparado para escritorio.

—¿Trabaja ahora por su cuenta, señorita Haddock? —preguntó él.

—Sí, me gusta más y obtengo mayores ingresos. Me quedé sin trabajo cuando Barrie decidió retirarse de los negocios. Me dio una buena indemnización, con la cual pude subsistir una temporada. Hasta triunfar.

—Oh, triunfar. ¿En qué, si puedo saberlo?

—Bueno, quizá haya inmodestia por mi parte —sonrió Vera—. Es algo que siempre me gustó hacer. Escribo cuentos infantiles.

—Estupendo —elogió el visitante—. Tendrán mucho éxito, supongo.

—El suficiente para independizarme y no estar sujeta a un horario y a un sueldo fijos.

—Debe de ser maravilloso eso de ser uno su propio dueño y fijarse a sí mismo los horarios de trabajo. Y, casi casi, las ganancias.

—Lo encuentro muy agradable —convino ella con una sonrisa—. ¿Quiere beber? ¿O rechazará mi invitación porque está de servicio?

Miles se echó a reír.

—También los policías sabemos ser sociables, señorita Haddock —respondió.

—Bien, en tal caso, empiece a preguntar mientras preparo las copas —

invitó Vera—. Aunque creo recordar que ya dije todo cuanto sabía hace tres años.

—Las cosas han variado un poco desde entonces, señorita.

—¿Han reabierto el caso, señor Miles?

—Nunca se cerró del todo. Recuerde: dos millones robados y cinco empleados ametrallados despiadadamente.

—Sí —Vera le entregó una copa—. Ustedes consideraban a mi jefe como el cerebro de la banda que asaltó el furgón blindado de la Security Express.

—Y seguíamos considerándolo, hasta hace unos días —Miles tomó un sorbo y chasqueó la lengua complacidamente—. Muy bueno —elogió.

—Gracias. ¿Por qué ha dicho hasta hace unos días, señor Miles?

—Barrie ha muerto, presumiblemente asesinado.

Los grises ojos de la muchacha se llenaron de horror. Miles la contempló durante la pausa de silencio que siguió a su sensacional declaración.

Vera Haddock era una joven de buena estatura, delgada, con curvas netamente femeninas y un perfectamente dibujado óvalo de su rostro. El pelo, castaño, muy sedoso, quedaba graciosamente recogido en un discreto moño tras la nuca, lo que permitía ver un cuello de cisne.

—Barrie... ha muerto... —repitió Vera.

—Así es, señorita.

—¿Cómo lo han matado?

—Barrie se había retirado a la isla de Salaya. Imagínese, una isla en el trópico, al sudeste de los cayos de Florida, un retiro magnífico para gente con dinero. Tenía la costumbre de echar comida a diario a los tiburones. Parece ser que perdió pie, o se lo hicieron perder, y cayó al agua. Ese día, él mismo fue la comida de sus tiburones.

—Horrible —comentó Vera—. Pero no entiendo qué tiene que ver conmigo ese asesinato.

—Muy sencillo —Milesapuró su vaso—. Usted fue, durante dos años, la secretaria personal de Barrie. Se la reconoce inocente de lo que él pudo hacer, pero estimamos que, aunque involuntariamente, pudo conocer algún secreto que nos conduzca a una pista sobre el dinero robado. Recuerde; el botín no ha sido hallado todavía.

Vera movió la cabeza negativamente.

—Yo solo entendía de sus negocios lícitos —contestó—. Y nunca supe que Barrie desarrollase actividades ilegales, hasta el momento en que sufrí el primer interrogatorio policial.

—Pero quizá vio u oyó algo... En fin, cualquier detalle, por insignificante que parezca, podría ponernos sobre la pista del dinero.

—Ahora, insisto, no recuerdo nada. Pero si se me ocurriese algo, descuide, le informaría en el acto.

Miles esbozó una sonrisa.

—Se lo agradeceré, señorita Haddock —sacó una tarjeta y la dejó sobre el aparador de los licores—. Ahí tiene un par de teléfonos, a los cuales puede llamarme a cualquier hora. Mientras tanto, ¿me permite hacer una llamada?

—No faltaría más, señor Miles —accedió Vera.

Miles levantó el teléfono y marcó un número. Al obtener contestación desde el otro lado de la línea, hizo una pregunta:

—Mark, ¿ha regresado Gardner de su viaje?

—Todavía no, Cliff —respondió el otro—. Te avisaré en cuanto llegue y le diré que te llame.

—A mi casa, si no estoy en la oficina —indicó Miles—. Gracias, Mark.

Colgó el teléfono y dirigió una brillante sonrisa a la muchacha.

—Gracias a usted también, señorita Haddock. Y permítame que la felicite por su éxito literario —se despidió.

* * *

—Usted es el dueño de la lancha matrícula FL-8-A-344 —dijo el agente Gardner.

—Así es —confirmó Ben Rates—. Esa lancha es de mi propiedad.

—Usted la alquila a quién lo solicita, ¿no es cierto?

—Efectivamente.

—¿Sola o la pilota usted?

—Depende del solicitante, señor Gardner.

—Ah, de modo que, en este momento, yo podría alquilársela a usted, sin necesidad de contratar sus servicios como piloto.

—Eso es —confirmó Rates.

—Muy bien. Ahora, dígame, ¿quién le alquiló la lancha el día 12 de marzo del corriente año?

—Dijo llamarse John Smith. Y en la documentación que me enseñó, aparecía ese nombre.

—Describame al sujeto, por favor, señor Rates —pidió Gardner.

—Bueno, yo diría que tiene unos cuarenta años, de mediana estatura, ancho de hombros y pelo rojizo. Vestía una chaqueta azul, descolorida, camisa sin corbata, pantalones blancos y llevaba un pañuelo rojo al cuello. Ah, también fumaba en pipa y usaba una vieja gorra de *yatchman*.

—Entiendo. ¿Qué hizo el señor Smith después de alquilar su motora, señor Rates?

—Pues... la verdad, algo extraño. En lugar de zarpar inmediatamente, como yo pensaba que haría, aguardó bastante rato en el muelle. Yo lo vi, porque estaba allí, en la taberna El Cormorán Rojo —Rates señaló con la mano el establecimiento aludido—. Bueno, luego llegó un tipo alto y delgado y se acercó a Smith. Habló con él, subieron los dos a la lancha y se

fueron mar adentro. Eso es todo, señor Gardner.

—Usted opinaría, pues, que el recién llegado creyó que el otro le alquilaba una lancha.

—Hombre, esa sensación es la que daría a cualquiera. Pero no lo puedo asegurar, claro.

Gardner sonrió. Guardó su libreta de notas y el lápiz y saludó amablemente.

—Mil gracias, señor Rates —se despidió.

CAPÍTULO III

—Según la descripción que me hizo Gardner, el sujeto que contrató su lancha era Flack Baines, uno de los hombres de confianza de Rocky Lissi —informó Miles. Habló durante unos minutos y luego añadió—: Su indumentaria de marino era para despistar, imagino; lo mismo que la falsa documentación a nombre de Smith.

—Es muy probable que fuera así, Cliff —convino su jefe—. Yo diría que Lissi ordenó a Turpin Moss que viajase a Salaya en determinada lancha. Moss aceptó, suponiendo que el patrón de esa lancha era también hombre de confianza de Lissi. O puede que desempeñaran la comedia a fin de borrar pistas en el asesinato de Barrie.

—Lo que nunca pudo imaginarse Moss es que ya no regresaría a puerto. Baines debió de pegarle un tiro en alta mar.

—Y luego arrojó su cadáver al agua, con un buen lastre en los pies, por supuesto.

—Sí, parece lógico. Usted ya dijo que Moss podía empezar a constituir un estorbo para Lissi.

—Así lo pienso, muchacho. ¿Qué dijo de nuevo Vera Haddock?

—Nada de particular, nada que no supiéramos ya, jefe —contestó Miles—. Sin embargo, me prometió que, caso de recordar algo, me llamaría inmediatamente.

—Está bien. Lo malo es que Barrie se fue a la tumba, llevándose consigo el secreto del escondite del botín. Pero ¿por qué haría Lissi una cosa semejante? Es tanto como perder dos millones, Cliff.

—Sí, lo sé, jefe —dijo el joven pensativamente—. Lissi pensó que Barrie debía morir por haberle traicionado. Si Lissi no disfruta ahora de su parte del botín, menos la disfrutará Barrie.

—Ese dinero está en alguna parte, muchacho. Si pudiéramos encontrarlo... ¡Un momento, Cliff, por favor!

Miles aguardó cosa de medio minuto. No tardó en volver a escuchar la voz de su jefe:

—Escucha, Cliff; acaban de darme una noticia muy importante. Archie Cobb ha sido asesinado. Le pegaron dos tiros.

Miles silbó.

—Era uno de los sospechosos de pertenecer a la cuadrilla que asaltó el furgón blindado —dijo.

—Exactamente.

—¿Se sabe algo del asesino?

—No. La policía de Rivermore dice haber obtenido información de un testigo, un residente en la vecindad donde vivía Cobb. El testigo dice que vio a una mujer joven y, al parecer esbelta, llamar a la puerta de la casa de Cobb, a eso de las diez y media de la noche. La hora coincide con la que, aproximadamente, da el forense como probable para la muerte de Cobb.

—Una mujer joven y esbelta —se sorprendió Miles.

—Sí. El testigo dice que le pareció rubia, pero no puede asegurarlo. Había cierta distancia de su puesto a la casa de Cobb y, además, la luz del porche de la casa de la víctima estaba apagada.

—¿Dice ese informe si el testigo vio salir a la mujer?

—No, no la vio salir. Fue todo muy casual; se iba a acostar y al cerrar la ventana de su dormitorio es cuando la vio. Y no se preocupó más, hasta que, al día siguiente, los periódicos dieron la noticia.

—¿Quién encontró el cadáver de Cobb, jefe?

—La mujer que le hacía la limpieza de la casa, al día siguiente. Inmediatamente y sin tocar nada, como es natural, llamó a la policía y...

Miles suspiró.

—Sí, me figuro el resto —dijo—. Jefe, ¿sabe que quedan aún cuatro sospechosos en la lista?

—Lo sé perfectamente. Ya puedes dar órdenes para que los protejan a todos. Quizá alguno se asuste y «cante», ¿entiendes?

—Ahora mismo lo haré —prometió el joven.

Colgó el teléfono y se quedó pensativo unos momentos. ¿Quién había iniciado la matanza de los supuestos autores del robo del furgón blindado?

¿Rocky Lissi?

Se preguntó si resultaría conveniente hacerle una visita.

* * *

—Puede estar tranquilo, jefe —aseguró Baines—. El asunto de Barrie está liquidado.

—Sí, pero hay de por medio dos millones y nadie sabe dónde están —rezongó Lissi coléricamente.

Era un hombre que había rebasado ampliamente la cuarentena, con aspecto de aficionado a la buena vida y, en especial, a los placeres de la mesa. Su rostro se congestionaba con frecuencia, tanto cuando reía un chiste con ganas como cuando se encolerizaba.

—En mi opinión, jefe, la clave está en la chica —terció Harvey Mollyka, otro de los esbirros de Lissi.

—¿La chica? ¿Qué chica? —exclamó Lissi.

—Hombre, jefe, la secretaria de Barrie.

—Ah, sí, ahora recuerdo...

—Ella llevaba prácticamente toda la oficina. Barrie estaba muy contento; era muy competente, decía. No me extrañaría en absoluto que se

hubiera confiado en ella.

Lissi hizo un gesto de duda.

—Harvey, estas cosas no son para ser confiadas a una secretaria, por muy bonita y eficaz que sea —contestó.

—Pero valdría la pena charlar un rato con ella —dijo Mollyka—. ¿Me deja usted que vaya a verla?

—Bien, si ese es tu gusto...

Mollyka, de mediana estatura, cuadrado, pelo pajizo y ojos claros, sonrió con aire de superioridad.

—Déjelo en mis manos, jefe —aseguró.

—Cuidado, Harvey —advirtió Lissi—. Te conozco bien y no me gustaría que se te fuese la mano. No me busques complicaciones o lo pasarás muy mal.

—Quédese tranquilo; no habrá complicaciones.

Mollyka salió. En el camino se cruzó con otro de los miembros de la banda, que traía un periódico en las manos.

—¿Está el jefe, Harvey? —preguntó.

El pulgar de Mollyka señaló a sus espaldas.

—En su despacho, Dave —contestó.

Dave Crugan llamó a la puerta y abrió acto seguido. Avanzó hacia la mesa y colocó el periódico delante de Lissi.

—Noticias, jefe —exclamó.

Lissi leyó los titulares y lanzó una gruesa interjección:

—¡Rayos! ¡Cobb ha sido asesinado!

Baines se precipitó a leer el periódico. Una vez se hubo enterado de los detalles más importantes del suceso, torció el gesto.

—Pero ¿quién diablos...?

—No sé quién ha podido hacerlo —gruñó Lissi, a la vez que golpeaba la mesa con el puño—. Pero, en todo caso, esa muerte puede que nos dé muchos quebraderos de cabeza.

—Tendríamos que averiguar quién lo hizo —sugirió Crugan—. Pudo ser cualquier otro de los miembros de la pandilla de Barrie.

—Tal vez —convino Baines—. Ese tipo sabe dónde está el dinero y ahora quiere quedárselo todo.

Los ojos de Lissi brillaron un momento.

—Flack, ve a visitar a Dusty Morgan. Ya sabes dónde vive, ¿no?

—Sí, jefe.

—Procura sonsacarle todo lo que puedas, pero con discreción. Ah, y a menos que él saque una pistola, no uses tú la tuya. ¿Estamos?

—Descuide, jefe.

En aquel momento llamaron a la puerta. Lissi hizo un gesto con la cabeza.

Crugan salió del despacho, atravesó el salón y abrió. Un recadero

apareció ante sus ojos.

—Traigo un paquete para el señor Lissi —dijo—. Tiene que firmar el recibo.

—Está bien —Crugan firmó y se dispuso a cerrar la puerta, pero el recadero llamó su atención, alargando la mano. Crugan le escupió en ella y cerró de un portazo, ignorando los violentos epítetos que le dirigía el recadero.

Regresó al despacho.

—Han traído un paquete para usted, jefe —dijo.

Lissi frunció el ceño.

—No esperaba nada —murmuró.

Y rasgó la envoltura, debajo de la cual apareció una pequeña caja de cartón.

Abrió la caja. Dentro había un reloj despertador.

—¡Una bomba! —chilló Crugan.

Lissi pegó un salto en el asiento. Luego, rehaciéndose, examinó el reloj.

—No hay explosivos conectados —refunfuñó.

Sacó el reloj. Tenía la esfera negra y sobre ella, pintada de modo que ocupase casi toda su extensión, una calavera negra.

—Como ponga la mano encima del autor de esta broma de mal gusto... —dijo, rabiando de ira.

Y, de pronto, vio un papel doblado en el fondo de la caja.

Era un mensaje. Decía:

«Conserva este despertador. Un día verás en él la hora de tu muerte, que llegará inexorablemente, como ha llegado ya para Archie Cobb. Lo mismo les sucederá a todos cuantos intervinieron en el asalto al furgón blindado de la Security Express».

El mensaje no llevaba firma alguna y estaba redactado con letras mayúsculas. Sin saber por qué, Lissi se sintió repentinamente presa de una gran preocupación.

* * *

Llamaron a la puerta. En aquellos momentos. Vera Haddock estaba repasando uno de sus originales.

Alzó la cabeza y dudó un momento. El timbrazo se repitió.

Vera se puso en pie; Vestía un simple *pullover*, pantalones cortos y zapatillas blandas. Atravesó la estancia y atisbó por la mirilla.

La cara que vio al otro lado le desagradó en el acto. Después de unos instantes de vacilación, regresó al centro de la sala y levantó el teléfono sin hacer ruido.

Sujeta por el teléfono, estaba la tarjeta que Miles le había dado. Vera

calculó que el agente estaría en su casa en aquellos momentos.

Instantes después, escuchaba su voz.

—Soy Vera Haddock —dijo la muchacha—. Tengo que decirle algo, señor Miles.

—¿Importante?

—Un tipo sospechoso ha llamado a mi casa. No he querido abrirle; francamente, me ha dado miedo.

—¿Puede describirlo si le ha visto?

—Sí. Cabeza cuadrada, pelo pajizo y ojos muy claros.

—Mollyka —identificó Miles en el acto. Consultó el reloj y luego miró a través de la ventana—. ¿Sabe si aguarda todavía ahí? —preguntó.

—Me parece que le he oído marcharse, señor Miles —contestó Vera.

—Quizá vuelva. ¿Sabe él que está usted en su casa?

—Creo que no. Cuando llamé, yo había dejado de escribir a máquina.

—Muy bien, señorita Haddock. Haga el favor de mirar por la ventana. Espero aquí, sin cortar.

—De acuerdo.

Vera corrió de puntillas hacia una de las ventanas y, situándose a un lado, observó la calle.

Casi en el mismo instante, salía un tipo de la casa. Vera le vio situarse en la otra acera y desplegar un periódico con actitud intrascendente.

Regresó junto al teléfono.

—Se ha ido a la otra acera —informó—. Seguramente, esperará a que yo vuelva.

—Muy bien —dijo Miles—. Dentro de quince o veinte minutos será de noche. A las siete y diez en punto, encienda todas las luces de su casa. Pero ni un minuto antes, ¿estamos?

—De acuerdo, señor Miles.

—Y si llama ese tipo, ábrale, pero deje la puerta abierta disimuladamente. Yo me encargaré del resto.

—Así lo haré —prometió la muchacha.

—No lo olvide, a las siete y diez en punto —recalcó Miles.

Colgó el teléfono y sacó su pistola de reglamento. Después de convencerse de que todo estaba en orden, apagó la luz y abandonó el departamento.

—Lástima —murmuró—; tendré que aplazar la visita a Lissi.

CAPÍTULO IV

De nuevo llamaron a la puerta. Esta vez, Vera sí abrió.

Los ojos de Mollyka estudiaron detenidamente las piernas de la muchacha, aunque sin que se alterase la expresión de sus facciones. Cortésmente, se quitó el sombrero y dijo:

—¿Señorita Haddock?

—Soy yo —contestó ella—. ¿Qué desea?

—Me llamo Mollyka. ¿Puedo hablar unos momentos con usted?

Vera se apartó ligeramente.

—Entre, señor Mollyka —accedió.

El sujeto entró en el piso. Vera, siguiendo las instrucciones de Miles, dejó la puerta cerrada, aunque solo en apariencia.

—¿Y bien, señor Mollyka?

—Tengo que hablarle de su antiguo jefe, señorita —dijo el visitante.

—¿Se refiere a Barrie?

—Sí, el mismo.

—Ha muerto, creo.

—Efectivamente. Usted fue secretaria de él durante dos años.

—Más o menos. ¿Por qué lo dice, señor Mollyka?

—El señor Barrie dejó, en alguna parte, una importante cantidad de dinero. ¿Qué sabe usted del asunto?

—Yo, nada. ¿Y usted?

—Mire, chica —dijo Mollyka, abandonando de pronto su tono amable, aunque sin elevar la voz—. Tiene ante sí dos caminos. O una importante parte de ese dinero... o recibir un fuerte disgusto.

—No le entiendo, señor Mollyka —dijo Vera.

La mano del rufián se disparó de pronto y atenazó una de las muñecas de la joven. Mollyka se dispuso a retorcerle el brazo, pero no tuvo tiempo.

Alguien le tocó en el hombro. Mollyka se volvió instintivamente, solo para encontrarse con un puño que chocaba contra su mandíbula.

—Hola —sonrió Miles.

—¡Uf! —dijo Vera—. Creí que no llegaría a tiempo.

Miles consultó su reloj.

—Las siete, once minutos y treinta segundos —dijo—. Estuve oyendo desde la puerta.

—Entiendo —sonrió Vera—. ¿Qué va a hacer con ese tipo? —señaló al inconsciente Mollyka.

Miles se inclinó sobre el caído y le quitó una pistola y una navaja de

resorte.

—Lo echaré de aquí cuando despierte —contestó—. Parece ser que hay quien se interesa también por usted, señorita Haddock.

—Pero ¡es que yo no sé nada de ese dinero! —exclamó Vera, muy irritada.

—Quizá no lo sepa conscientemente —aventuró Mije—. De todas formas, Lissi parece creer que sí conoce usted el escondite del dinero.

—¿Quién es Lissi?

—Se supone que no solo financió los gastos, sino también facilitó a Barrie informes sobre el transporte del dinero. Naturalmente, a cambio de una buena parte, tal vez el cincuenta por ciento.

—Ah, ya entiendo. ¿Qué hace Lissi?

—Salvo un club de lujo que posee, y más bien como tapadera, todas sus actividades suelen estar reñidas con la ley.

—Ah, ya entiendo. Un jefe de *gang*, ¿no?

—Exactamente, señorita Haddock.

—Bien, en tal caso, ¿por qué no ejecutó él mismo el asalto al furgón blindado?

Miles se encogió de hombros.

—Probablemente, para no tener tropiezos con la ley —dijo—. Los otros hicieron todo y él esperaba, acaso, un millón que le caería sin el menor esfuerzo.

—Y ahora...

—Quiere encontrar ese dinero, que no aparece por ninguna parte. Y no es el único.

Mollyka empezó a rebullir en aquel instante. Momentos más tarde, se ponía en pie.

—Largo —dijo Miles—. Y no vuelva a molestar más a la señorita Haddock o tendrá que lamentarlo.

Mollyka se fue sin pronunciar palabra. Vera se estremeció.

—Ese hombre me da miedo —dijo—. Su apellido...

—Centroeuropo, aunque no se conoce su origen a ciencia cierta. Sus documentos le señalan como oriundo de Budapest, pero es muy posible que sean falsificados.

—Comprendo. Gracias por todo, señor Miles.

El joven sonrió. Mientras se dirigía hacia la puerta, dijo:

—Hizo bien en avisarme. Cuando llamen otra vez, no deje de cerciorarse de que su visitante es de confianza.

Mientras tanto, Mollyka había bajado a la calle. Subió a su automóvil y entonces vio un papel pegado al volante.

La curiosidad le venció. A la luz de un farol cercano, leyó:

«Aunque no de un modo directo, tú también tomaste parte en

el asalto al furgón blindado de la Security Express. También te llegará tu turno, como a tu jefe y a los demás compinches de la cuadrilla».

* * *

Lissi leyó el segundo mensaje recibido en el mismo día y lanzó un sonoro taco.

—Pero ¿quién diablos se entretiene en burlarse de nosotros? —gritó descompuestamente.

Lissi estaba ahora en el lujoso despacho de su sala de fiestas. Mollyka había acudido allí, después de la frustrada visita a Vera Haddock.

—Jefe —murmuró el rufián, que ya se había enterado por Crugan del envío del primer mensaje—, ¿de veras cree usted que es una burla?

Lissi se quedó un instante con la boca abierta. De pronto, se oyó el zumbido del interfono.

—Habla, Matt —dijo hoscamente.

—Jefe, tiene una visita.

—Ahora no puedo recibir a nadie...

—¿Tampoco a mí, Rocky? —sonó una voz con acento de buen humor—. Soy Miles, del FBI.

—¡Miles! —exclamó Lissi.

—El mismo. ¿Me tiene miedo, Rocky?

—Un cuerno —bufó Lissi—. Matt, déjalo entrar.

Miles apareció en el despacho segundos más tarde. Lissi hizo un gesto con la mano.

—Déjanos solos, Harvey —indicó.

Mollyka se dirigió hacia la puerta. Al pasar junto a Miles, vio que el agente se frotaba la mandíbula con gesto significativo, a la vez que sonreía ampliamente.

Algo parecido a un mugido brotó de los labios de Mollyka. Al quedarse solos, Miles se sentó en un ángulo de la mesa.

—Aún le duele la mandíbula —sonrió.

—¿Por qué había de dolerle la mandíbula? —se extrañó Lissi.

—Ah, ¿pero no se lo ha dicho? Le sorprendí en una actitud inconveniente con Vera Haddock.

El rostro de Lissi se puso purpúreo.

—Ahora comprendo el fracaso de la entrevista —gruñó.

—Mollyka no le ha sido sincero —dijo Miles—. Eso no es bueno para un jefe de pandilla, Rocky.

—Usted no tiene que decirme lo que es bueno o no es bueno para mí —contestó Lissi abruptamente—. ¿A qué ha venido a verme, polizante?

—Mi visita está, precisamente, relacionada con la que Mollyka hizo a Vera Haddock —respondió el joven, a la vez que se ponía un cigarrillo

entre los labios—. Y también con cierta lancha que alquiló Flack Baines.

—No sé de qué me está hablando, Miles.

—Flack adoptó el aspecto de un viejo lobo de mar. Realizó muy bien la comedia. Sobre todo, en Salaya, le creerían propietario de la motora. Pero es muy posible que engañase también a Turpin Moss. ¿No lo cree así?

Lissi permaneció inmóvil, casi sin respirar.

—Sus palabras continúan careciendo de sentido para mí —respondió.

—Ya —sonrió Miles—. Un crimen perfecto. El asesino, a su vez, fue asesinado para que no repitiese a nadie que había echado a Barrie al mar, para pasto de tiburones. ¿Cuánto tiempo le llevó estudiar las costumbres de Barrie, Lissi?

—Si no le importa mucho, tengo que hacer, Miles. El negocio requiere mi presencia.

—¿Lo dejaré cuando haya encontrado los dos millones robados a la Security Express?

Lissi alargó una mano y tocó un timbre. La puerta se abrió casi en el acto.

—Matt, el señor Miles se marcha ya —indicó—. Di a Jules de mi parte que le sirva algo bueno de beber.

—Sí, Jules tiene fama de preparar buenos *cocktails* —admitió Miles con buen humor—. Pero me temo que hoy no haré honor a su arte.

Matt Frosalar acompañó a Miles hasta la salida. Luego, presuroso, volvió al despacho, acompañado de otro de los esbirros.

—Jefe —dijo Matt—. Roy y yo hemos recibido dos cartas iguales. ¿Se puede saber quién nos está tomando el pelo?

Antes de leer los mensajes, Lissi se imaginaba ya su contenido.

—¿Se sabe al menos quién los trajo? —preguntó.

—Un tipo de eso chiflados, con melenas y lleno de abalorios —contestó Roy Sturner—. No le vi la cara apenas, porque llevaba unas gafas enormes.

—A mí me dio la sensación de que era aficionado a la «hierba» —añadió Frosalar.

—Conque aficionado a la «hierba», ¿eh? —dijo—. Como yo le ponga la mano encima, la única hierba que va a tener será la que habrá sobre su tumba.

* * *

Silbando intrascendentemente, Flack Baines avanzó a lo largo de la acera y abrió la puertecita de madera, pintada de blanco, que daba acceso a un pequeño jardín.

La casa estaba a quince pasos y tenía un pequeño porche, en el cual se hallaba un hombre tendido en una tumbona, con un periódico sobre los ojos. Baines se acercó al individuo y le quitó el periódico.

—Despierta, Dusty —dijo.

El presunto durmiente le miró con ironía.

—¿Decías algo, Flack?

Baines dio un salto.

—¡Rayos! ¡El agente Gardner!

—Yo mismo —sonrió el mencionado—. Flack, si vienes con la intención de visitar a Morgan, has perdido el tiempo.

—Tengo que hablar con él...

—No —contestó Gardner firmemente.

Baines vio algo en los ojos del agente que le hizo desistir de sus intenciones.

—Está bien. Pero no se puede pasar toda la vida vigilándolo —bufó.

—¿Quién sabe? —sonrió Gardner—. Buen viaje, Flack.

Baines se marchó, echando venablos por la boca. Gardner volvió a su actitud de aparente indolencia.

Media hora más tarde, oyó pasos en el jardín.

Se incorporó. Una mujer de cierta edad avanzaba hacia la casa.

—Busco al señor Morgan —dijo ella.

—¿Quién es usted, señora? —preguntó Gardner.

—El señor Morgan puso un anuncio en el periódico, pidiendo un ama de llaves —contestó la desconocida—. Soy la señora Benson —añadió.

Gardner se puso en pie y abrió la puerta.

—¡Señor Morgan! —llamó.

—¿Sí? —contestó el dueño de la casa.

—Vienen a verle. Es por lo del anuncio del ama de llaves.

—Ah, sí, ahora recuerdo. Hágala pasar, señor Gardner.

—Entre, señora Benson —invitó el agente.

La mujer agradeció el gesto con una ligera inclinación de cabeza. Gardner reparó en que tenía ya algunas hebras grises en su cabello.

Morgan apareció en la sala.

—Usted es... —dijo.

—La señora Benson —contestó ella—. Leí su anuncio en el periódico, señor Morgan.

—Las condiciones son ciento veinte mensuales, más comida y alojamiento, por supuesto —declaró Morgan—. Tendrá dos tardes libres a la semana y se encargará tanto de la compra como de la limpieza.

—Me parecen unas condiciones aceptables, señor Morgan —dijo ella.

—Si le conviene, puede empezar mañana mismo, señora Benson. Por cierto, ¿cuál es su nombre?

—Marcela, señor.

—Ah, muy bien, Marcela. Traerá referencias, supongo.

—¿Quiere leerlas, señor?

Morgan hizo un gesto con la mano.

—Luego, señora Benson —contestó—. Si desea ver la casa...

—Me agradaría —accedió ella.

—Sígame, señora Benson.

—Marcela, por favor —rogó la visitante—. Perdone la curiosidad, señor, pero ese hombre que estaba en el porche...

—Es un agente de policía —repuso Morgan—. Me han amenazado de muerte y se ha creído conveniente ponerme bajo protección. Tengo muchos enemigos, ¿comprende?

—Sí, señor.

—Vea —dijo—. Esta es la cocina, Marcela.

La mujer paseó su vista por la cocina. Era grande y bien dotada.

—Está muy bien —aprobó—. De modo que le han amenazado de muerte, señor Morgan.

—Sí, pero eso no reza con usted...

Morgan se volvió, enfrentándose a una pistola de pavoroso aspecto. El arma estaba provista de silenciador.

—De modo que no reza conmigo —dijo la señora Benson—. Usted formaba parte de la banda que asaltó cierto furgón blindado y asesinó a sus cinco vigilantes.

Morgan abrió la boca. El pánico le impedía gritar.

Ella sonrió a la vez que apretaba el gatillo. La cocina estaba situada al otro lado de la casa.

Gardner no oyó nada. La señora Benson salió minutos después.

—El señor Morgan y yo hemos llegado a un acuerdo satisfactorio —dijo ella—. Mañana vendré para instalarme en la casa.

—Lo celebro infinito, señora Benson —contestó Gardner.

Y luego contempló a la mujer mientras se alejaba a lo largo del sendero.

—Pues, para tener ya canas, su tipo no carece de esbeltez —murmuró.

CAPÍTULO V

Gardner tenía la cabeza entre las manos. Estaba sumamente abatido.

—No sé qué decir —habló entrecortadamente—. Me dejé sorprender como un chiquillo... pero ¿quién iba a pensar que aquella mujer...? Tenía un aspecto digno y reposado...

—¿Te fijaste bien en ella, Alan? —preguntó Miles.

—Sí. Aparentaba cuarenta y tantos años, aunque de cuerpo estaba bien conservada. Tenía algunas canas y la cara estaba limpia de maquillaje. Los labios me parecieron muy pálidos, pero eso pasa a muchas mujeres, cuando no se los pintan.

—Sí —convino Miles—. ¿Qué más, Alan? ¿Cómo era la ropa que llevaba?

—Muy impersonal. Un traje gris, modesto y recatado. Medias oscuras y zapatos negros.

—¿Bolso, joyas, algún collar?

Gardner hizo memoria.

—Llevaba un bolso bastante grande, negro, de cuero barato, sin otro adorno que el broche. No le vi joyas y creo que ni siquiera llevaba pendientes.

—Posiblemente, era un disfraz —apuntó Miles.

—En todo caso, magnífico. Incluso pudiera ser que el cabello con canas fuese una peluca.

—En tal caso, con su pelo natural, ropas más elegantes y la cara maquillada, resultaría irreconocible —dijo Miles.

—Así opino yo también, Cliff. Oye, quítame de aquí. Envíame a un archivo o a barrer las oficinas; es para lo único que sirvo.

Miles hizo un gesto comprensivo.

—Todos cometemos errores —contestó—. Y tú actuaste muy bien, sobre todo, echando a Baines de casa de Morgan. Pero si Morgan en persona te confirmó que había pedido un ama de llaves...

—Debí haber estado presente en la entrevista —se quejó Gardner—. Morgan estaría ahora vivo y yo merecería seguir comiendo con las personas y no en un pesebre.

Miles ocultó una sonrisa al escuchar los amargos reproches que Gardner se formulaba a sí mismo. El teléfono sonó en aquel momento.

—Dispénsame, Alan —se excusó—. Debe de ser el jefe.

Era el jefe.

—Ya he leído la noticia —tronó—. ¿Qué imbécil se dejó matar a

Morgan?

—Se lo voy a contar todo, jefe; no aventure juicios precipitados —contestó Miles.

Habló durante algunos minutos. Al terminar, el jefe lanzó un resoplido:

—No se le puede criticar... demasiado, pero así aprenderá para la próxima —dijo—. Y espero que la muerte de Morgan sirva de aviso para los tres sospechosos que quedan. ¿Ha ordenado que los vigilen a conciencia, muchacho?

—A partir de ahora, habrá dos agentes con cada uno de los tres supervivientes sospechosos —contestó Miles—. Y nadie hablará con ellos sin que los agentes estén presentes.

—Eso está bien —aprobó el jefe—. A ver si el miedo les hace hablar de una vez y declaran dónde está el dinero.

Miles hizo un gesto negativo.

—Jefe, dudo mucho de que ninguno de los tres sospechosos que quedan despegue jamás los labios. Preferirán perder el dinero antes que hablar.

—¿Por qué dice eso, Cliff?

—Murieron cinco inocentes, recuérdelo.

—Sí, es cierto. Y sin un mínimo de pruebas, no podemos apretarles las clavijas —se lamentó el jefe.

—Tendré que entrevistarme yo personalmente con cada uno de ellos, a ver si saco algo en limpio —dijo Miles—. Y, además, le expondré una opinión.

—Venga esa opinión, muchacho.

—Una venganza, jefe.

—Venganza... ¿por parte de quién?

—Ah, eso es lo que yo quisiera saber. Pero si tenemos en cuenta que Barrie, Cobb y Morgan han muerto ya, los indicios parecen apuntar hacia la hipótesis que acabo de formular.

—¿Venganza de Lissi?

—Quizá, jefe.

Hubo un momento de silencio. Luego, el jefe habló de nuevo:

—Voy a hacerte una sugerencia, muchacho.

—Sí, señor.

—Procura hablar con las familias de los empleados de la S. E. Quizá saques algo en limpio.

—Lo haré, aunque temo que será perder el tiempo —respondió Miles con toda franqueza.

* * *

Vera Haddock se despertó sobresaltada en medio de la noche. Acababa de tener una pesadilla y el corazón le latía alocadamente.

Al cabo de unos minutos, se tranquilizó de nuevo. No, su antiguo jefe

no estaba vivo. Había muerto días atrás. Todo había sido una pesadilla. Durante unos momentos, había creído verle de nuevo, como una realidad tangible.

Pero ¿por qué había soñado con él? Y ¿sobre qué versaba el sueño?

Durante un rato, Vera se esforzó por recordar los detalles de la pesadilla sin conseguirlo. Luego, poco a poco, notó que se le cerraban los párpados y se dejó hundir en la dulce languidez del sueño.

Por la mañana, despertó algo más tarde que de costumbre. Una buena ducha la despejó por completo, a lo que ayudó un sustancioso desayuno.

Y de repente, sin saber cómo, vino un chispazo de luz a su mente y recordó la pesadilla con todos sus detalles.

—Esto tiene que saberlo Miles —se dijo.

Pero el teléfono particular de Miles permaneció silencioso y en su oficina le dijeron que había salido, aunque sin informarle de su paradero. No obstante, Vera dejó recado de que Miles acudiera a verla en cuanto le fuera posible y el agente que tomó nota así se lo prometió.

* * *

Miles estaba en aquellos momentos llamando a la puerta de una casa. Una hermosa joven, alta, esbelta, de brillante cabellera rubia, acudió a recibirle.

—¿Cómo está, señorita Cummings? —saludó el agente cortésmente.

Ella arqueó las cejas.

—Creo que nos conocemos —contestó.

—Así es —confirmó Miles—. Nos conocimos hace tres años, con motivo de un desgraciado suceso.

Sheila Cummings hizo un gesto de asentimiento.

—Lo sé —repuso—. Pase, señor Miles.

—Gracias.

Miles se quitó el sombrero. Sheila le indicó un diván.

—Siéntese. Ahora le traeré una taza de café.

—No es necesario —dijo él, pero Sheila iba ya hacia la cocina.

Miles la contempló críticamente.

—Una hermosa mujer —musitó—. ¿Se habrá casado?

Sheila regresó a los pocos minutos con una bandeja en las manos.

—Usted dirá, señor Miles —habló, mientras servía el café.

—Señorita Cummings, siento mucho traerle a la memoria aquel desdichado suceso, pero créame que no me queda otro remedio —se disculpó Miles.

—Comprendo —respondió Sheila—. Pero no se reprima por mí; es su deber.

—Gracias. Celebro su comprensión, señorita. Últimamente, se han producido algunos hechos que nos han aconsejado reabrir el caso. Entre las

diligencias que he de realizar, figura el interrogar a todos los familiares de las víctimas.

Sheila sonrió tristemente.

—Señor Miles, ya dije hace tres años cuanto sabía. Conservarán la carpeta del caso. Reléala, se lo ruego. No puedo decir más —contestó.

—Sí, ya me lo imaginaba —suspiró él—. De todas formas, si se le ocurriera algo, no deje de avisarme.

—Lo tendré en cuenta. Desearía ayudarle con todas mis fuerzas. Yo, más que nadie, tengo un especial interés en que se castigue a los asesinos de mi padre y de mi prometido.

Miles inclinó la cabeza. Recordó.

El conductor del furgón era el padre de Sheila, un hombre con más de veinticinco años al servicio de la Security Express y de una lealtad a toda prueba. El encargado del transporte era un detective de la compañía, joven, emprendedor y dinámico, que estaba llamado a más altos cargos, pero cuyo porvenir quedó truncado por una cruel ráfaga de ametralladora.

—Lo sé —murmuró—. Gracias por haberme recibido, señorita Cummings.

Sheila esbozó una sonrisa.

—No tenía por qué negarme a ello —respondió la joven.

—Sí, claro... Ah, por favor, ¿puedo usar su teléfono?

Ella hizo un gracioso ademán con la mano, señalando el aparato. Miles marcó el número de su oficina y esperó.

Gardner atendió la llamada.

—Tengo un recado para ti, Cliff —dijo.

—Adelante, muchacho —contestó Miles.

—Vera Haddock. Quiere verte. O, por lo menos, que la llames por teléfono. Cuanto antes, Cliff.

—Prefiero hablar con ella en persona. Gracias, Alan.

Colgó el aparato, miró a Sheila y sonrió.

—Gracias otra vez, señorita Cummings —se despidió.

—Ha sido un placer, agente Miles —aseguró Sheila.

* * *

Una expresión de alivio apareció en el hermoso rostro de Vera al ver a Miles en el umbral de la puerta.

—Gracias por haber venido —dijo.

—Es mi obligación —contestó Miles, sonriendo—. Y, en lo que a usted se refiere, una de las obligaciones que con más gusto cumplo.

—No me halague —contestó ella—. ¿Quiere tomar algo?

—Por ahora, no, gracias. Acabo de tomar café en casa de Sheila Cummings.

Vera pareció sorprenderse al oír aquellas palabras.

—¿Ha estado en casa de Sheila? —dijo.

—Sí. También forma parte de mi obligación —repuso el joven—. Pero no solo visito a muchachas hermosas, sino a toda clase de gentes.

—Tiene usted un humor envidiable —convino Vera—. Bien, imagino que querrá saber por qué le he llamado.

—Usted dirá, señorita Haddock.

—Aunque le parezca raro... y a riesgo de que me tome por una chiflada, le diré que el motivo de mi llamada es un sueño. O una pesadilla, como prefiera calificarlo.

—Tal vez durante la noche recordó algo que no le venía a la memoria —especuló él—. ¿Quiere contarme el sueño?

—¿He de tenderme en el diván, como se hace cuando se visita al psiquiatra? —bromeó Vera—. No, no es necesario —siguió—. He soñado con Barrie y el sueño fue tan real, que me desperté tremendamente sobresaltada. Créame, durante unos momentos tuve la sensación de que todo sucedía de nuevo de verdad.

—Suele pasar —admitió Miles—. ¿Qué era el sueño?

—Se refería a algo que me sucedió una vez con mi jefe, cuando yo era su secretaria. Cierta día, fui a entrar en el despacho. Él estaba hablando por teléfono, no sé con quién. Yo había llamado a la puerta, como hacía siempre; lo que sucede es que él, absorto en la conversación, no se dio cuenta de mi llamada y, por mi parte, a mí me pareció que me había dado permiso para entrar.

—Un error fácil de cometer —sonrió él—. ¿Qué más?

—Hablaban con un hombre, al menos eso creo yo. Pronunció el nombre de Rocky.

—Rocky Lissi. Sí, ya sabe usted quién es, Vera.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Yo también he oído ese nombre más de una vez —contestó—. Y no para nada bueno. Bien, sigamos. Barrie tenía el teléfono en la mano izquierda y escribía con la derecha al mismo tiempo. No recuerdo exactamente lo que hablaba con Lissi, porque casi en el acto se dio cuenta de mi presencia y suspendió la conversación para reprenderme, con palabras no muy amables, ciertamente. Mientras me hablaba, vi el papel sobre el que escribía.

—¿Pudo leer algo?

—Me parece que había un par de palabras, pero no era una nota o un memorándum. Había trazado algunos signos, unas rayas muy extrañas...

—Una especie de dibujo, vamos.

—Sí, eso mismo.

—¿Recuerda el dibujo?

Vera hizo un gesto ambiguo.

—Muy poco, a decir verdad. Como digo, Barrie me echó del despacho y

luego me llamó, para continuar la reprimenda. Yo me disculpé como pude y él pareció aceptar mis excusas. Siento no haber recordado este detalle hasta ahora, señor Miles.

El joven sonrió.

—Es un incidente que usted llegó a olvidar por completo —repuso—. Pero quedó grabado en su subconsciente y esta noche pasada, durante el sueño, afloró de nuevo a su memoria. Su subconsciente había sido activado, en este sentido, por los sucesos ocurridos últimamente en relación con el caso de la S. E. y de alguno de los cuales ha sido usted protagonista. El subconsciente nunca descansa, ni durante el sueño.

Vera le contempló con admiración.

—Diríase que es usted un psiquiatra auténtico —exclamó.

—He estudiado algo sobre ese tema y también sobre psicología —contestó Miles—. Son cosas que ayudan a la profesión, señorita Haddock.

—Indudablemente —concordó ella.

—Muy bien —dijo Miles—. Y ahora, por favor, ¿podría reproducir, a su manera, el dibujo que usted vio trazar a Barrie?

—Ya lo tenía preparado —dijo Vera, a la vez que le tendía un papel.

Miles contempló el dibujo.

—¿Seguro que era esto lo que vio sobre la mesa del señor Barrie? —preguntó.

—Lo he repetido con la mayor fidelidad posible. Naturalmente, no puedo garantizarle una reproducción exacta.

—Sí, claro... ¿Se ha fijado usted en que parece una botella de cuello algo largo y de cuerpo esférico? Una especie de redoma, vamos.

—Sí, ya me he fijado —contestó Vera.

—El cuello es un poco alargado, más ancho de boca que en el punto de unión con el cuerpo —musitó Miles—. Y en dicho punto de unión, aparece un pequeño estrangulamiento, que altera la relativa lisura del cuello de esa redoma.

Vera emitió una sonrisa de circunstancias.

—Es todo cuanto puedo decirle —manifestó—. Y, por supuesto, aquel día Barrie hablaba con Rocky.

Miles asintió.

—Pensaré en una solución —dijo, a la vez que guardaba el dibujo—. Gracias, de todos modos, señorita Haddock.

—Vera, por favor —sonrió ella.

—A mí, los amigos me llaman Cliff —respondió el agente.

CAPÍTULO VI

Flack Baines detuvo su automóvil en la zona de estacionamiento del Henny's. Las luces de la entrada del local brillaban a cincuenta o sesenta pasos de distancia.

En la zona de estacionamiento, sin embargo, reinaba una oscuridad casi absoluta. Silbando alegremente, Baines se apeó del coche y cerró la portezuela.

Una sombra se alzó súbitamente ante él.

—Eres Flack Baines —dijo la mujer.

El pandillero respingó.

—Sí, ¿qué pasa? —contestó.

—Nada. Solo quería comprobar tu identidad.

Algo brilló en la enguantada mano de la mujer. Baines vio el leve chispazo de una cabellera rubia y luego, la pistola que tenía a dos pasos vomitó un par de silenciosas llamaradas.

Baines sintió una horrible quemazón en el pecho. Quiso gritar, pero ya tenía la boca llena de sangre.

Su sangre se mezcló bien pronto con la tierra del suelo. La mujer se alejó sin que nadie la hubiera visto.

En su despacho, Lissi consultó el reloj.

—Baines tarda demasiado —gruñó.

—No tardará en venir, jefe —contestó Mollyka.

De súbito, se produjo una explosión de vidrios rotos. Algo entró en el despacho a través de la ventana, que daba a la parte posterior del edificio, y rodó por el suelo.

Lissi y Mollyka saltaron a la vez. Mollyka tiró de pistola en el acto.

—Cuidado —gruñó Lissi, mientras contemplaba el objeto caído en el suelo.

Mollyka corrió hacia la ventana.

—Allí está —dijo—. Maldición, ya se ha escapado.

—¿Quién era? —preguntó Lissi—. ¿Lo has visto, Harvey?

—Una mujer, jefe. Vestía de negro y tenía el pelo muy rubio. Miraba hacia aquí, como si quisiera que la viésemos. Pero echó a correr enseguida...

Lissi se inclinaba ya sobre el objeto caído en el suelo y que no era sino un papel atado a una piedra con un trozo de cuerda.

Desató el nudo y extendió el papel sobre la mesa. Un gesto de perplejidad apareció en su rostro al ver que solo contenía una lista de seis

nombres, el suyo al final de los demás:

BAINES, FLACK
CRUGAN, DAVE
FROSLAR, MATT
MOLLYKA, HARVEY
STURNER, ROY
LISSI, ROCKY

Lissi observó que, salvo su nombre, los demás aparecían relacionados por orden alfabético. También se percató de que el primer nombre de la lista aparecía cruzado por una raya.

Una horrible sospecha surgió en su mente. Aquella lista...

La puerta se abrió de pronto. Froslar, desde el umbral, gritó:

—¡Jefe, a Flack le han pegado dos tiros! ¡Está muerto!

* * *

El jefe estaba en la cama, con la pierna izquierda suspendida de unas pesas ortopédicas. Miles y Gardner estaban sentados junto al lecho.

—Sin contar las de Barrie y, presuntamente, la de Turpin Moss, ya tenemos tres muertes: dos de los sospechosos y un miembro de la banda de Lissi. ¿Qué piensan ustedes, muchachos? —preguntó el convaleciente.

—Una venganza —dijo Gardner.

—¿De quién?

—Hay alguien que esperaba tener una buena parte en el botín y se quedó sin nada. Simplemente, se está desquitando —opinó Miles.

—Cobrándose en sangre —agregó Gardner, más truculentamente.

—Han muerto dos de los sospechosos —dijo el jefe con acento pensativo—. Y uno de los pandilleros de Lissi. ¿Por qué Baines, precisamente?

—Fue el que se presume asesinó a Moss —recordó Miles.

—Yo comprendería la venganza contra los que intervinieron en el atraco. Pero no entiendo los motivos de la muerte de Baine.

—Puede haber varios —dijo Gardner—. Ajuste de cuentas, que no tendría nada que ver con el caso... o tal vez acaso la banda de Lissi esté incluida en la venganza de ese desconocido justiciero.

—¿Por qué habría de incluirla en su venganza? —preguntó el jefe.

—Lissi proporcionó a Barrie los informes necesarios para el atraco. Pero es de suponer que Lissi no fue personalmente por ahí investigando sobre los días y las horas del transporte del dinero, sino que empleó a sus esbirros —especuló Miles—. Luego, en cierto modo, ellos también intervinieron en el hecho.

El jefe hizo un gesto de asentimiento.

—¡Qué mala pata! —rezongó—. Yo aquí, clavado en la cama... Creo que cambiaré la pesca por otro deporte menos peligroso.

—Puede dedicarse al alpinismo —sonrió Miles.

—Tal vez lo haga. Muchachos, si se trata de una venganza, ¿quién lo podría hacer?

—Vengar a los empleados asesinados, ¿no? —dijo Gardner.

—Sí, claro.

—Entonces, algún pariente muy cercano de una de las víctimas. Si no es así, no se comprende.

Un súbito chispazo iluminó la mente de Miles.

«Un pariente muy cercano de una de las víctimas», repitió en silencio.

Y pensó en la hermosa Sheila Cummings.

Sheila había perdido a su padre y a su prometido. ¿Quién, más que ella, podía tener razones para ejecutar la venganza de una bárbara matanza?

—Sigan investigando, muchachos, y no se desanimen —aconsejó el jefe—. Es preciso continuar el caso hasta el final.

—Ah, jefe —exclamó Miles de pronto—. Tengo algo que decirle.

Y le relató la entrevista con Vera Haddock.

—¿Tiene ahí el dibujo, Cliff? —preguntó el jefe al terminar.

—Sí, mírelo.

Miles le entregó el dibujo.

—Vaya —resopló el jefe—; esto parece el ojo de una cerradura.

Miles respingó.

—Yo le he entregado el dibujo de una botella de cuello largo. O de una redoma, como prefiera —dijo.

—Eso según la posición del observador —alegó el jefe—. De la forma en que yo lo tengo, me parece el ojo de una cerradura.

Gardner cogió el papel y lo examinó en dos posiciones distintas.

—Ambas impresiones son válidas —dijo—. ¿Eso es lo que vio Vera dibujar a Barrie?

—Sí —contestó Miles—. Pero no se me ocurre qué pueda significar.

—Guárdelo, muchacho —recomendó el jefe—. Y no lo olviden: en este caso, sigan hasta el final.

De nuevo volvió Miles a pensar en Sheila Cummings.

* * *

Los claros ojos de Sheila emitieron un chispazo de sorpresa al ver a Miles en el umbral de la puerta.

—Usted —sonrió.

Miles se quitó el sombrero.

—¿Qué prefiere como excusa? Pasaba casualmente por aquí y se me ocurrió visitarla... ¿o prefiere que le diga que vengo por el asunto que usted ya conoce?

—La primera excusa no sería aceptable, desde luego —contestó Sheila—. Entre, tomará café conmigo.
—Acepto de buena gana —dijo él.
Minutos más tarde, Sheila llenaba las tazas.
—Y bien, ¿qué novedades hay sobre el caso? —preguntó.
—¿Ha leído usted los periódicos, señorita Cummings?
—Por supuesto.
—En ese caso, ya estará enterada de que, en un plazo relativamente breve, se han cometido cinco asesinatos. Todos ellos, al parecer, relacionados con el atraco al furgón blindado.

—Sí, lo sé —contestó Sheila.
—Nosotros hemos elaborado una hipótesis: se trata de una venganza.
—¿Una venganza?
—Justamente, señorita Cummings.
—¿Quién es el vengador, en su opinión, señor Miles?
—Alguien que tenía un parentesco muy cercano con alguna de las víctimas.

Sheila entornó los ojos a la vez que se reclinaba en el diván. Tenía las piernas cruzadas y contempló críticamente al visitante, mientras su esbelto pecho subía y bajaba con rítmico compás.

—Está pensando en mí —dijo.
—Los otros empleados tenían también familia —respondió Miles.
—Pero no hay otra persona que haya perdido a dos seres queridos, como yo: mi padre y el que iba a ser mi esposo.

Miles se turbó. Sheila sonrió.
—Resultaría cómico, si no se derivase todo esto de una cruel tragedia —añadió—. Suponiendo que yo fuese la autora de la venganza, ¿cómo lo probaría?

—Tres de los muertos lo fueron a tiros. Se conoce la clase de arma: una «Luger», calibre nueve milímetros, con silenciador.

Sheila trazó un amplio semicírculo en el aire con una mano.
—Adelante —invitó—. Registre el piso. Le permitiré que lo revuelva todo. No creo que encuentre una pistola, señor Miles.

—La tendrá muy bien escondida, en todo caso. Tal vez en su lugar de trabajo.

—Tal vez —sonrió ella—. Vaya al taller de Igor Krashnov. Soy su modelo preferida.

Miles respingó.
—No sabía que fuese modelo —dijo.
—Se ve que usted se deja influenciar muy poco por la propaganda —dijo Sheila—. De lo contrario, me vería en más de un anuncio.

—Lo tendré en cuenta para otra vez —prometió Miles—. ¿Tiene usted un bolso de cuero negro, grande y barato? —preguntó.

—¿Capaz de esconder una pistola?

—Sí.

Sheila se levantó y vino a poco con varios bolsos.

—Elija el que más le agrade —invitó.

Miles se puso en pie.

—No sabe cuánto celebro su presencia de ánimo, señorita Cummings —se despidió.

* * *

Por la noche, Miles fue a visitar a Lissi en su despacho del Hennerly's.

—¿Es que no me va a dejar en paz, condenado fisgón? —rezongó el dueño del local.

—¿Tan intranquila tiene la conciencia? —se burló Miles.

—No es eso. Se trata de que yo no tengo relación alguna con...

—Vamos, vamos, Rocky, ¿a quién quiere hacer creer una fábula semejante? Uno de sus hombres ha muerto. ¿Quién lo mató por venganza?

—Si se lo dijera, lo echaría a broma —contestó Lissi.

—Rocky, en este asunto no hay nada de broma —dijo Miles, muy serio.

—Fue una mujer, lo crea o no.

—¿Una mujer? ¿La vio usted?

—Yo no llegué a tiempo, pero la vio uno de mis empleados. Estaba aquí conmigo, casualmente... ¿Quiere que lo llame?

—No hace falta. Dígame lo que pasó.

—Debió de ocurrir al poco tiempo de morir Baines, muy pocos minutos después. Alguien tiró un mensaje atado a una piedra. Mollyka corrió a la ventana y vio a la mujer. Era rubia y vestía de negro. Pero había demasiada oscuridad y por eso no pudo verle la cara.

Miles se mordió los labios.

—Rubia y vestida de negro —repitió.

—Sí —confirmó Lissi.

—¿Qué decía el mensaje? —preguntó Miles.

Lissi abrió el cajón y sacó el papel, que entregó al agente.

—Es una lista y el primer nombre está tachado —observó Miles.

—El sentido de esa lista se comprende fácilmente, ¿no? —dijo Lissi con amargo acento.

—Que yo sepa, usted no declaró esto a la policía.

Lissi se encogió de hombros.

—¿Para qué? —contestó.

Miles se puso en pie.

—Me quedo la lista —dijo.

El *gangster* le apuntó con el índice.

—Le diré una cosa, polizante: podría pedirle protección; soy un ciudadano amenazado de muerte y tengo derecho a ello. Pero prefiero

arreglar ciertos asuntos a mi manera, ¿comprende?

—Sí, como el asunto Barrie y el asunto Moss. Pero cuidado donde pone los pies, no sea que vaya a meterse en una charca de arenas movedizas y se hunda por completo —advirtió Miles con no menor seriedad.

Miles abandonó el despacho. Para salir a la calle, podía elegir la puerta trasera o bien cruzar la sala. Eligió el segundo camino.

Se felicitó de la elección. Sheila Cummings era uno de los asistentes.

La joven estaba arrebatadora. Vestía un traje negro, ceñido, de audaz escote y carente de espalda. Su espléndida cabellera rubia aparecía cuidadosamente peinada, con un atrevido moño, que le confería un singular atractivo.

Era evidente que Sheila conocía sus posibilidades físicas. El peinado servía para hacer resaltar aún más la esbeltez de su cuello.

Sheila no estaba sola. Había un hombre a su lado, un sujeto recio, fornido, de abundante cabellera negra y con una espesa barba, que le confería el aspecto de un artista.

«Debe de ser Krashnov, el fotógrafo», pensó Miles.

CAPÍTULO VII

Lissi estaba reunido con su estado mayor.

—Miles ha venido a verme —declaró.

—¿Ha dicho algo interesante? —preguntó Froselar.

—Sí. Parece ser que la muerte de Baines se debe a una venganza.

—¡Una venganza! —respingó Stumer—. ¿Y por qué?

Lissi le miró severamente.

—De un modo u otro, tú también tomaste parte en el asalto al furgón blindado, ¿no?

Stumer se abochornó.

—Para lo que me sirvió —dijo, quejoso.

—Por lo visto, esa mujer también se quiere vengar de los asaltantes —intervino Mollyka.

—De todos —gruñó Lissi—. Pero no caigo quién pueda ser.

—Alguna que tuviese un familiar entre las víctimas...

Un chasquido de dedos interrumpió a Lissi.

—¡Ya la tengo, jefe! —exclamó Crugan—. Es Sheila Cummings. Su padre era el conductor del vehículo y el encargado del transporte iba a casarse con ella.

—¿Has dicho Sheila Cummings? —exclamó Froselar—. ¡Está ahí, en la sala!

Lissi se levantó de un salto y corrió hacia la pared opuesta, en donde había un cuadro de tema pretendidamente cubista. Hizo girar el cuadro a un lado y atisbó a través de la amplia mirilla encristalada que había quedado al descubierto.

Por el otro lado, el cristal era un espejo, de modo que no se advertía el truco desde la sala. Una maldición se escapó de los labios de Lissi al ver a la joven.

—Dave, cuando se vaya, síguela —ordenó.

—Bien, jefe —contestó Crugan.

—Y no dejes de informarme del menor de sus pasos —añadió Lissi.

Aquella noche, dos pares de ojos vigilaron, desde puntos distintos, la llegada de Sheila Cummings a su casa.

El elegante coche descapotable se detuvo junto a la acera, frente a la puertecita del pequeño jardín que rodeaba la casa donde vivía Sheila. Ella se apeó y dio la mano al conductor.

—Hasta mañana, Igor —se despidió.

—No es necesario que madrugue, Sheila —indicó Krashnov, sonriendo.

—Iré a las doce. ¿Vale?

—Vale. Buenas noches, Sheila.

—Buenas noches, Igor.

Sheila se arregló instintivamente la estola de piel que cubría sus bellos hombros. Mientras el coche se alejaba, abrió la puertecita y entró en el jardín.

Crugan permaneció un buen rato, hasta que vio apagarse todas las luces de la casa. Miles estuvo hasta el amanecer y solo se retiró cuando Gardner vino a relevarle.

* * *

—Le aseguro que no le sucederá nada, señor Plaza —dijo el agente Welles—. Mi compañero Martin y yo estamos aquí para protegerle.

Ben Plaza, otro de los sospechosos del atraco, se frotó las manos nerviosamente.

—Todo eso está muy bien, pero Cobb y Morgan han muerto —gruñó.

—¿Participó usted en el asalto al furgón blindado? —preguntó el agente Martin.

—¡No, rayos! ¡Lo he dicho y repetido mil veces! Yo no tomé parte en ese asalto. Ni en ningún otro, por supuesto.

—Entonces, ¿qué teme? —dijo Welles.

—Sí, fue uno de los atracadores —acusó Martin—. Es más, sabe dónde está el dinero escondido, pero no quiere decirlo.

—Naturalmente, si lo dijera, se confesaría al mismo tiempo partícipe en la matanza.

—¡Yo no fui! —chilló Plaza—. Todo lo que dicen no son sino burdas mentiras.

—Yo creo que, si se decidiera a hablar y dijese el escondite del dinero, el fiscal sería benevolente con usted —insinuó Martin.

Plaza contestó con un bufido. Sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios, pero las manos le temblaban tanto, que no pudo encenderlo.

Welles acercó al cigarrillo la llama de su encendedor.

—¿Por qué está tan nervioso, señor Plaza? —sonrió.

El sospechoso expulsó el humo con fuerza.

—No estoy nervioso —contestó—. Y déjenme en paz ya de una vez.

Giró sobre sus talones y abandonó la sala. Martin caminó tras él.

Plaza se detuvo en la puerta del cuarto de baño.

—¿Es necesario que me siga hasta aquí? —preguntó.

—Sí —respondió el agente—. No podemos dejarle solo ni un solo instante.

Plaza se encogió de hombros.

—Está bien, como quiera —se resignó.

Poco después, volvía a la sala. Se acercó a una de las ventanas y

contempló la calle a través del cristal.

Su cerebro funcionaba activamente. Estaba pensando en huir.

Debía escapar, buscar un escondite donde nadie pudiera encontrarle. Ahora maldecía el momento en que aceptó tomar parte en el asalto, aunque, en su fuero interno, reconocía que era tarde para lamentarse.

«Y todo por quince mil cochinos dólares», pensó amargamente.

Barrie había sido muy listo. Demasiado listo, se dijo. Les había dado quince mil dólares a cada uno. «Para los primeros gastos», había dicho. Era preciso dejar pasar tiempo antes de disfrutar del botín, había calculado. Y todos se mostraron de acuerdo con la propuesta de Barrie.

Sin embargo, alguno había objetado la necesidad de un poco de dinero. Barrie había accedido a repartir quince mil dólares.

—Luego, cuando todo se haya calmado, haremos el reparto definitivo —dijo.

El reparto definitivo del botín no había llegado jamás. Y lo peor de todo era que nadie sabía dónde estaban escondidos los dos millones robados a la Security Express.

—Si yo pudiera burlar la vigilancia de estos dos condenados polizontes... —musitó, mientras trataba de idear un plan que le permitiese conseguir sus propósitos.

* * *

A las doce de la mañana, Sheila Cummings salió de su casa y caminó un centenar de metros, antes de encontrar un taxi.

El coche que pilotaba Crugan la siguió discretamente. Gardner iba detrás de Crugan y se comunicó por radio con la oficina. De aquí se emitió una llamada urgente a Miles, quien, pocos minutos más tarde, abandonaba su piso a la carrera, lamentando la interrupción del sueño de que disfrutaba.

Miles se mantuvo en contacto con Gardner, el cual le informó continuamente de la dirección que seguía Sheila. Al cabo de unos minutos, Miles anunció:

—Voy a entrar en la Veintisiete, Alan. Lo haré detrás de ti. Entonces, adelántate y corta el paso a Crugan. Yo seguiré a Sheila.

—Está bien, pero me extraña una cosa, Cliff.

—Dime, Alan.

—¿Por qué sale Sheila de la ciudad en un taxi?

—Quizá es que no tiene coche propio.

—Pero resulta comprometedor, ¿no crees?

—Bien, ya veremos. Prepárate; tengo el empalme a la vista.

Segundos después. Miles dijo:

—Aparta a Crugan, Alan.

Gardner apretó el acelerador y se situó a la altura de Crugan. El

pandillero, sorprendido, volvió la cabeza hacia la izquierda.

Con la mano derecha, Gardner le enseñó su placa, haciéndole señas de que se apartase a un lado. Crugan maldijo entre dientes, pero no se atrevió a desobedecer la orden.

Miles pasó a los dos vehículos, ya situados junto a la cuneta. Aceleró un poco y se situó a ochenta o noventa metros del taxi.

Un poco más adelante, cruzaron un suburbio residencial. El taxi se detuvo.

Miles se paró también. Sheila se apeó, pagó la carrera y caminó unos pasos más por la acera.

A cincuenta metros, se metió en el coche que Miles había visto la noche anterior. Sheila dio el contacto, arrancó y enfiló la carretera nuevamente.

Diez kilómetros más adelante, se metió por un camino secundario, que serpenteaba entre las montañas. Miles frunció el ceño.

—¿No es por aquí donde Plaza tiene su refugio? —se preguntó.

Dos kilómetros más adelante, había otro conjunto de residencias, situado en la suave ladera de una colina de trazado alargado. Miles empezó a pensar en Krashnov como posible cómplice de la joven.

—¿Por amor? —murmuró.

El coche de Sheila se detuvo de pronto. Ella se apeó, dio media docena de pasos y miró en todas direcciones. Miles la contemplaba desde una distancia prudencial.

* * *

Ben Plaza también vio a Sheila desde su ventana y lanzó un grito:

—¡Eh, ustedes! ¿No dijeron que la asesina era una chica rubia?

Martin corrió hacia la ventana y divisó a Sheila, parada a quince o veinte pasos de distancia. Enseguida tomó una decisión.

—Voy a interrogarla, Welles —dijo—. Quédate con el señor Plaza.

—Está bien —respondió el otro agente.

Martin salió fuera de la casa, cruzó el jardín y se acercó a Sheila. Ella se volvió, sorprendida.

Miles los vio hablar durante unos instantes. Sheila negó vivamente con la cabeza.

Después, levantó una mano y la estrelló contra la mejilla del agente.

Miles se echó a reír.

—Pobre Martin —comentó a media voz—. Qué sorpresas se lleva uno en el oficio.

Martin dio media vuelta y entró en la casa. Sheila volvió a su coche y arrancó de nuevo.

Miles volvió a seguirla. Cruzaron el suburbio y salieron a campo abierto.

A unos dos mil quinientos metros, Sheila detuvo el coche. Atónito,

Miles divisó un gran camión, junto al cual había varias cámaras y proyectores, así como una tienda de campaña.

Sheila se apeó y habló con Krashnov brevemente. Luego, ella se metió en la tienda, mientras Krashnov daba instrucciones a sus operadores y técnicos.

A los pocos minutos, Sheila salió en unión de una mujer. Sheila vestía ahora una túnica muy corta, con un hombro al descubierto, y calzada con unas sandalias, cuyos cordones se enroscaban en sus pantorrillas. La mujer retocó algo en su cara y Miles comprendió que se trataba de la maquilladora.

Sheila tenía todo el aspecto de una Diana cazadora, según las clásicas representaciones mitológicas. El lugar abundaba en árboles. Miles se percató de que iban a tomar fotografías y películas para publicidad.

—Vaya chasco —se dijo.

Pero, a pesar de todo, no se fiaba y permaneció, prudentemente escondido, hasta que terminó el trabajo. Luego, Sheila volvió a la tienda, que evidentemente hacía de camerino, y salió, vestida con sus ropas habituales.

Miles había escondido el coche fuera del camino. Cuando Sheila pasó delante de él, la vio en el mismo automóvil que ahora, sin embargo, conducía el propio Krashnov.

Sheila ya no se bajó del coche sino hasta llegar a la puerta de su casa. Un tanto frustrado, pero convencido de que había actuado correctamente, Miles abandonó la vigilancia.

CAPÍTULO VIII

Dave Crugan se sentía muy enojado cuando hablaba con su jefe.

—¿Y qué culpa tengo yo? —barbotó—. Ese maldito agente me obligó a apartarme a un lado. ¿Iba a pegarle un tiro?

Lissi reconoció las razones de su acólito.

—Está bien —dijo—. Otro vigilará a Sheila. Tú puedes irte, pero no dejes de llamar a la noche.

—Está bien.

Crugan abandonó el despacho de su jefe y regresó al piso en donde residía habitualmente, en compañía de una hermosa joven, a la cual llamaba su esposa, a fin de cubrir las apariencias. Era un barrio respetable y a Crugan le convenía encubrir su verdadera «profesión» bajo una capa de honestidad.

Al llegar a casa, abrió la puerta del piso.

—¡Betty! —llamó.

La mujer no contestó. Crugan se encogió de hombros.

—Habrás salido a comprar —calculó.

Cerró la puerta. Al volverse, vio frente a sí, al otro lado de la estancia, a una mujer.

En la mano de la mujer había una pistola. Crugan se sintió atacado por el pánico.

—¡Espere! —gritó.

Ella apretó el gatillo dos veces. Crugan se balanceó un poco y acabó por estrellarse de cara contra el suelo.

El ruido de los estampidos no trascendió al exterior; había sido ahogado por el silenciador del arma.

* * *

—Ya se lo he dicho a la policía un montón de veces —contestó malhumoradamente la supuesta señora Crugan—. Aquella mujer me atacó inesperadamente. Cuando recobré el conocimiento, ya estaba en el suelo, atada y amordazada.

—Pero ¿cómo la dejó entrar, señora Crugan? —preguntó Miles.

—Ella dijo que era representante de cosméticos. Traía un gran bolso en la mano y yo no sospeché nada hasta que sacó la pistola.

—¿Le golpeó con la misma pistola?

—Creo que sí, no lo recuerdo bien —dijo Betty sin abandonar su tono

agrio—. Yo no estoy acostumbrada a que me peguen en la frente, sea con lo que sea.

—Bien, bien, de acuerdo. De modo que despertó, atada y amordazada.

—Sí, eso he dicho.

—¿Qué hizo la asesina mientras tanto?

—Nada. Esperar. ¿Le parece poco?

—¿Fumó o bebió algo mientras aguardaba?

—No lo sé. Yo estaba en el dormitorio. Ella debió de arrastrarme mientras yo estaba sin conocimiento.

—Si llevaba guantes —terció Gardner—, no hay posibilidad de encontrar huellas, Cliff.

—Sí —convino Miles pensativamente—. Por favor, señora Crugan, describa a la asesina.

—¿Otra vez? —se quejó Betty.

—Sí, otra vez.

—Está bien. Era alta, esbelta y muy rubia.

—¿Le vio la cara?

—Llevaba unas grandes gafas de color, de esas de moda. La cara queda así muy tapada, compéndalo.

Miles reflexionó unos segundos. Luego preguntó:

—¿Podría usted describir las gafas, señora?

Betty dudó ligeramente.

—Eran casi redondas... El cristal era muy oscuro, eso sí lo recuerdo —declaró.

—De ese modo, no pudo verle el color de los ojos.

—No, desde luego.

—El bolso, ¿era grande?

—Sí. Casi parecía un maletín y lo llevaba colgado del hombro por una correa. Eso fue lo que me hizo creer que era una vendedora de cosméticos.

Miles hizo un gesto de aquiescencia.

—Mil gracias, señora —se despidió.

Los dos agentes salieron del piso.

—¿Qué te parece, Alan? —consultó Miles.

—Simplemente, obró con gran astucia, Cliff.

—Pero estaba vigilada...

—¿También la parte de atrás? Pudo salir por allí sin ser vista, Cliff —alegó Gardner.

Miles reconoció que su compañero tenía razón. Sheila había podido entrar y salir de su casa, sin ser vista, a pesar de la vigilancia.

—Me pregunto hasta cuándo va a seguir cometiendo crímenes para satisfacer su sed de venganza —dijo lúgubrementemente.

Era algo a lo que tampoco Gardner podía encontrar una respuesta.

El puño de Lissi golpeó la mesa con fuerza, después de leer el mensaje que acababan de entregarle.

Era una lista idéntica a la anterior, pero en la cual aparecía tachado el nombre de Crugan.

—Otra vez esa maldita —dijo, exasperado—. Tengo que hablar con ella y darle una buena lección, a ver si nos deja en paz de una vez.

Mollyka se limpiaba las uñas con una navaja.

—Si me lo permite, yo le daría esa lección con mucho gusto, jefe —sugirió.

—¿Para que fracasas como con Vera Haddock?

Mollyka se encrespó al oír el reproche.

—Esta vez no habrá fracaso, se lo aseguro —contestó.

Lissi meditó durante unos instantes.

—Está bien, procura conseguir algo —accedió finalmente—. Yo iré a hacer otra visita.

—¿A quién va a ver, jefe? —preguntó Froslar.

—A Vera Haddock. Esa chica sabe algo, seguro.

Froslar hizo un gesto de duda.

—Si usted lo dice...

Ceñudo, Lissi no dijo nada. Momentos después, partía hacia la casa de Vera. Mollyka había tomado otra dirección.

Veinte minutos más tarde, Lissi llamaba a la puerta de la casa de Vera. La muchacha suspendió su trabajo y exploró el corredor a través de la mirilla.

—¿Quién es? —preguntó por el interfono.

—Rocky Lissi, señorita Haddock. Deseo hablar con usted.

Vera abrió con grandes precauciones.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó, recelosa.

—¿No me permite entrar, señorita Haddock? —sonrió Lissi—. Vengo en son de paz, se lo aseguro.

—Si me hace el menor daño, se lo diré al señor Miles —advirtió la joven.

—Puede estar seguro de que no voy a rozarla uno solo de sus cabellos —aseguró el *gangster*—. Solo quiero pedirle su colaboración.

—¿En qué, por favor?

Los ojos de Lissi centellearon brevemente.

—Hay dos millones de dólares en juego —contestó—. ¿Le agradaría recibir una cuarta parte?

Vera se asombró.

—Medio millón —dijo.

—Justamente, señorita Haddock.

—Pero... ¡es una suma fabulosa!

—Lo es —sonrió Lissi—. Será para usted si me ayuda a descubrir el lugar donde Barrie ocultó ese dinero.

—¿Acaso cree que yo lo sé? —protestó la muchacha, indignada—. Ni siquiera sabía que el señor Barrie era un ladrón y asesino. Y, por supuesto, un secreto de esa índole no se comunica a nadie.

—Vamos, vamos —dijo Lissi con fingido acento bonachón—, el señor Barrie tenía plena confianza en usted. Yo no digo que le declarase francamente el escondite del dinero, pero usted puede recordar algunas palabras o algunos detalles que nos permitan llegar al objetivo. Medio millón, opino, es un buen estimulante para la memoria.

—Indudablemente —convino ella—. Pero ¿quién conoce ese escondite?

Lissi estudió el rostro de su interlocutora. ¿Se burlaba de él?

Astuto, decidió emprender una prudente retirada. Era preciso que el señuelo del medio millón hiciese su efecto. Que Vera reflexionase sobre la suma ofrecida.

Probablemente, obtendría mejor resultado que insistiendo ahora de un modo excesivo.

—Volveré a verla otro día, señorita Haddock —se despidió con toda cortesía.

Vera se quedó sola. Tras unos momentos de meditación, decidió que resultaría conveniente que Miles conociese la visita de Lissi.

* * *

—¿Qué tal? —saludó Igor Krashnov—. Traigo algunas pruebas de las fotografías que tomamos ayer.

—Hola, Igor —sonrió Sheila—. Entre, por favor.

Krashnov cruzó el umbral. Llevaba una carpeta bajo el brazo y la abrió, mientras Sheila preparaba dos bebidas.

—Creo que esto es lo que el cliente quiere —dijo, enseñándole la primera prueba, ya con el vaso en la mano.

Sheila contempló la fotografía con ojo crítico.

—Como interesada, debo decir que me encuentro muy bien —aseguró—. Pero quizá la postura me parece un poco afectada.

—¿Usted cree? Veamos la siguiente, Sheila. Dígame su opinión.

Ella hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, aquí me veo algo más natural —admitió, mientras, por la parte trasera de la casa, con toda cautela, Harvey Mollyka caminaba en dirección a la puerta de la cocina.

Mollyka alcanzó la puerta y tanteó la cerradura. Hizo girar el picaporte y empujó suavemente. Había un taburete demasiado cerca y, a pesar de sus precauciones, el golpe hizo un poco de ruido.

El intruso se quedó quieto. Le pareció que sonaban voces en el interior

de la casa, pero no hubiera podido asegurarlo.

—Creo que he oído un ruido por la parte de atrás —dijo Krashnov.

Sheila hizo un gesto de extrañeza.

—¿Seguro, Igor?

—No quisiera equivocarme, pero... Usted vive sola y eso no es bueno, Sheila.

—Si progreso, contrataré un ama de llaves —sonrió ella.

Krashnov dejó el vaso sobre una mesa.

—Voy a ver —dijo.

Y se encaminó hacia la cocina.

Sheila le siguió, invadida por la curiosidad. Krashnov llegó a la puerta de la cocina y la abrió de golpe.

Unos ojos asombrados le miraron desde dos palmos de distancia. El fotógrafo era hombre corpulento y nada timorato.

Su puño derecho se disparó con tremenda potencia. Mollyka lanzó un rugido cuando sintió que el impacto le aplastaba la nariz.

Krashnov golpeó ahora con la izquierda, alcanzando al intruso en el estómago. Este se dobló sobre sí mismo, pero volvió a saltar hacia atrás cuando el fotógrafo conectó el tercer y demoledor golpe en su mandíbula.

—Sin duda era un ladrón —dijo Krashnov, jadeante todavía, a causa del esfuerzo realizado.

—Iré a llamar a la policía —exclamó Sheila.

Y cuando llegaba a la sala, sonó el timbre de la puerta principal.

Al abrir, se encontró frente a frente con el agente Miles.

—Usted —dijo, vivamente sorprendida.

—La hora es un poco intempestiva —sonrió él.

—A decir verdad, llega usted como llovido del cielo —contestó la joven, para sorpresa y asombro de Miles—. Venga, haga el favor.

Miles siguió a Sheila y su asombro se hizo aún mayor al ver a Mollyka tendido en el suelo, sin conocimiento.

CAPÍTULO IX

Mollyka fue desposeído de su armamento, reanimado a fuerza de agua y obligado a emprender una poco honrosa retirada. El pandillero se marchó, diciendo pestes de los inoportunos visitantes de Sheila Cummings.

Después, Sheila y los dos hombres volvieron a la sala. Ella preparó nuevas bebidas.

—No entiendo qué tiene que hacer aquí un agente de la policía —dijo Krashnov—. ¿Puede explicármelo, Sheila?

La joven vaciló un instante.

—¿Por qué no se lo dice usted, señor Miles? —sugirió.

—¿Lo prefiere así? Yo había tenido la idea de que nuestra entrevista se celebraría a solas.

—De ese modo, yo me iré...

Sheila detuvo al fotógrafo.

—No, Igor, no se vaya —pidió—. Me disgustaría que llegase a creer que yo le oculto algo. Es decir, a menos que al señor Miles le moleste su presencia.

—En modo alguno —contestó el aludido—. Se trata del viaje que hizo usted a las colinas que hay al otro lado de Hayesboro.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Sheila.

—La seguí. Y también vi que le pegaba una bofetada a un hombre.

Ella se puso encarnada.

—Me dijo una inconveniencia —manifestó, con cierta irritación.

—Era un colega —sonrió Miles—. Pero usted se detuvo justo frente a la casa de Ben Plaza, uno de los sospechosos del asalto al furgón blindado.

—Sí, pero ¿qué tengo yo que ver con ese asunto? —protestó Sheila.

—Su actitud no me parece decorosa, agente —refunfuñó el fotógrafo.

Miles volvió la cabeza.

—Varias personas han muerto asesinadas —dijo—. Todas las informaciones coinciden: fue una mujer, alta, esbelta y rubia. Se sospecha que se trate de una venganza. Sheila Cummings tiene motivos más que suficientes para vengarse de cuantos intervinieron en aquel suceso.

—Ahora ya lo sabe usted, Igor —habló ella.

—Usted, señorita Cummings, salió de su casa en un taxi y lo hizo detener en North Quarter. Allí subió a un coche...

—El del señor Krashnov —puntualizó Sheila—. Yo no tengo automóvil y habíamos quedado de acuerdo en que él me lo dejaría allí.

—Sí, pero luego se detuvo en Hayesboro.

—Yo le había dicho que era muy probable que la esperase allí. Si no estaba, ella debería seguir hasta el lugar acordado para la toma de fotografías y películas —aclaró el fotógrafo.

—Una explicación aparentemente razonable —dijo Miles.

Krashnov crispó los puños.

—Hace algunos minutos he derribado a un tipo que, me parece, es más fuerte que usted —recordó—. Su carácter de agente de la policía, federal o de lo que sea, no le confiere el derecho de insultar a las personas, señor Miles.

El joven no se inmutó.

—Hace tres años murieron cinco personas y desaparecieron dos millones de dólares —contestó—. Estoy investigando el caso y no me detendré ante ninguna consideración.

—En lo que respecta a ella, pierde usted el tiempo. Sheila no puede ser la asesina —exclamó Krashnov.

—Déjelo, Igor —intervino la joven—. El deber del señor Miles consiste, precisamente, en sospechar de las personas decentes.

—Y, entre otras cosas, evitar que alguien se tome la justicia por su mano —respondió Miles cortantemente—. Siento haberles molestado —se despidió con frialdad.

Krashnov empezó a recoger las fotografías.

—Mañana, a las doce, Sheila —dijo.

—No estoy segura de acudir, Igor —manifestó ella—. Creo que no me encontraré con humor para adoptar ninguna pose.

—Bien, en tal caso, esperaré veinticuatro horas. Pero recuerde que nos aguarda el pedido de la Melron Gulf Corporation y que hay cierta urgencia en realizarlo.

—Lo tendré en cuenta, Igor —dijo Sheila, muy seria.

* * *

Ben Plaza refunfuñó cuando entró en el dormitorio de las dos camas.

—Ni siquiera solo voy a poder dormir —dijo.

—No —contestó el agente Welles secamente.

Plaza se quitó la camisa. Welles solo la chaqueta.

—Usted tiene más suerte que yo: puede desvestirse. Yo tengo que dormir vestido y solo media noche —dijo.

Martin se paseaba por el exterior del jardín. A la hora convenida, entró en el dormitorio y despertó a Welles.

Plaza se dio cuenta del relevo, aunque fingía estar dormido. Siguió en la misma postura durante un buen rato más, hasta que percibió los ronquidos del otro agente.

Entonces se levantó y, sin hacer ruido, se vistió. Reinaba una temperatura agradable y la ventana estaba abierta.

Había decidido largarse de allí. No sabía adónde iría, pero se escondería donde no pudiera ser encontrado.

Saltó suavemente al jardín. Oyó pasos y se tendió en el suelo.

Martin pasó a un par de metros de distancia, sin advertir su presencia. Plaza aguardó a que el agente estuviese al otro lado de la casa y, entonces, se puso en pie y echó a correr.

Salió del jardín y siguió andando a toda prisa. Súbitamente, una sombra se alzó ante él.

—Plaza —dijo la mujer.

El individuo se detuvo en el acto.

—Quítese de mi camino, señora —pidió, de mal talante.

Ella sacó una pistola.

—Tomaste parte en una salvaje matanza —dijo—. Te toca morir.

Plaza abrió la boca. Aún pudo gritar y pedir socorro, antes de recibir dos balas.

Martin oyó los gritos y salió del jardín a todo correr. Vio a lo lejos un coche que se alejaba a toda velocidad y, un poco más adelante, el cuerpo de un hombre tendido sobre la acera.

Regueros de sangre corrían por el asfalto hacia la calzada. Martin adivinó lo que había sucedido y retrocedió a todo correr hacia su coche, metiéndose dentro de un salto.

Arrancó. El coche hizo unos movimientos extraños.

Martin paró y quitó el contacto. Al apearse, observó que las dos ruedas del lado izquierdo estaban sin aire.

* * *

—Parece ser que, en lugar de agentes, tengo a labriegos analfabetos a mis órdenes —rezongó el jefe, mientras estrujaba, furioso, el periódico en donde aparecía la noticia de la muerte de Ben Plaza.

Miles estaba consternado.

—Usted me encargó del caso —dijo—. Creo que debió encomendárselo a otro.

—No es hora ya de reproches, Cliff, sino de actuar. Tiene que detener a Sheila Cummings.

Miles hizo un gesto negativo.

—No hay pruebas contra ella —objetó.

—Solicite un mandamiento judicial y registre su casa.

—Eso ya está mejor. Pero irán Gardner y Martin.

—¿Usted no?

—No. Yo tengo otras cosas que hacer.

—¿Por ejemplo?

—Vigilar a los hombres de Lissi. Hay uno, Matt Frosler, que mide alrededor del metro setenta. Es muy delgado y de cara blanca. Vestido

adecuadamente y en la penumbra, podría pasar por Sheila.

—Tal vez, pero ¿qué objeto tendría matar a los sospechosos?

—Quedan dos con vida, Cairns y Fogarty. Acaso Lissi trata de amedrentarlos.

—¿Para que «canten» y le digan dónde están los dos millones?

—Sí, jefe.

—Bien, pero en tal caso, ¿qué me dice usted de las muertes de Baines y de Crugan? ¿Los hizo matar también Lissi?

—Baines mató a Turpin Moss. Quizá se fue de la lengua o amenazó con hacerlo. En cuanto a Crugan...

—La chica que vivía con él declaró que era una mujer la que lo mató.

—Insisto en que Matt Frosalar pudo haberse disfrazado. Bien maquillado y con las gafas oscuras, ¿quién se da cuenta de que no es una mujer, sobre todo si a las primeras de cambio golpea al testigo?

El jefe pareció aceptar aquella versión a regañadientes.

—Pudiera ser —dijo—. Pero, en todo caso, Plaza murió fuera de su casa.

—Al parecer, trataba de escapar. El asesino debía de dirigirse a la casa para matarlo. El mismo Plaza le brindó la ocasión en bandeja.

—Y, para evitar inoportunas persecuciones, el asesino había deshinchado previamente dos ruedas del coche.

—Una precaución que se reveló altamente eficaz —dijo Miles tristemente.

* * *

Miles llegó a su oficina. Gardner le dio un mensaje.

—Vera Haddock ha llamado. Quiere verte.

—Muy bien, iré ahora mismo. Alan, hay que vigilar a Matt Frosalar.

Miles dio instrucciones a su compañero. Apenas había terminado, sonó el teléfono.

—Soy Sheila Cummings —oyó el joven una voz conocida.

—¿Qué desea de mí, señorita?

—He leído los diarios. ¿No viene a detenerme?

—Se muestra usted muy sarcástica, señorita Cummings.

—Oh, no lo crea. Solo digo lo que pienso. ¿A qué hora suele usted arrestar a los sospechosos?

—¿A qué hora le conviene el arresto? —respondió él, malhumoradamente.

Y colgó el teléfono.

—Alan, Welles se encargará de vigilar a Frosalar —ordenó—. Tú y Martin conseguiréis un mandamiento del juez, para registrar la casa de Sheila Cummings.

—De acuerdo, Cliff.

Miles abandonó la oficina nuevamente. Media hora más tarde, se hallaba en el piso de Vera.

—Me han dado su mensaje —dijo.

—Sí, creo que es importante. Lissi estuvo a verme, Cliff.

Miles alzó una ceja.

—Interesante —comentó—. ¿Qué le dijo?

—Me ofreció medio millón.

—¡Caramba, qué generoso! Y ¿qué tenía usted que darle a cambio?

—Una pista, Cliff.

—¿La del escondite de los dos millones?

—Sí.

—Bien, ¿qué contestó usted a la proposición?

—Me negué, naturalmente. ¿Cómo voy a decir algo que ignoro?

—Vera, quizá la clave esté en aquel dibujo que usted me enseñó —dijo él.

—¿Lo cree así, Cliff?

Miles se hurgó en los bolsillos.

—Me lo he dejado en el otro traje —dijo—. ¿No tiene a mano una cuartilla y un lápiz, Vera?

—Claro que sí —respondió la joven.

Vera le entregó el papel y el lápiz. Miles indicó:

—Yo me sentaré frente a esta mesa y repetiré el dibujo. Usted se pondrá frente a mí, al otro lado. ¿No era esa la posición que ocupaba cuando vio a Barrie trazando el dibujo?

—Así es, en efecto —admitió ella.

Miles repitió el dibujo.

—¿Qué ve usted ahora? —preguntó, al terminar.

—Lo mismo, una botella o una redoma, Cliff.

El joven dio la vuelta al papel.

—¿Y ahora?

Vera lanzó una exclamación.

—Parece... ¡el ojo de una cerradura!

—Justamente —sonrió Miles—. Todo depende de la posición que se haga adoptar al papel o que ocupe el observador. Pero teniendo en cuenta que el que trazaba el dibujo era Barrie, resulta lógico suponer que lo que él quería reflejar era el ojo de una cerradura.

—¿El escondite de los dos millones?

—Probablemente, Vera. Barrie hablaba con Lissi y, durante la conversación, su subconsciente estaba en otra parte.

—Ah, sí —dijo ella, sonriendo—. Ya no me acordaba de que es usted medio psiquiatra.

—Quizá Barrie estaba dando largas a Lissi. Pero su subconsciente, insisto, estaba en el lugar donde había escondido el dinero.

—Un sitio cerrado con llave, evidentemente.

Miles dobló el papel de modo maquinal y lo guardó en el bolsillo.

—Lo malo es que no tenemos ninguna idea del lugar donde se halla esa puerta —dijo.

—Si supiera algo, se lo diría, créame —exclamó Vera.

—No lo dudo —sonrió el joven—. Gracias por todo —se despidió.

CAPÍTULO X

Los periódicos yacían por el suelo, Cayne Cairns se sentía terriblemente nervioso.

Habían muerto ya cuatro de los componentes de la banda. Solo quedaban vivos dos: él y Jess Fogarty.

Cairns estaba protegido por dos agentes. Plaza también lo había estado, pero ello no le había servido para nada.

El teléfono sonó de pronto. Cairns pegó un tremendo salto en el asiento.

Uno de los agentes de protección se acercó al aparato y levantó cuidadosamente el supletorio. Luego indicó a Cairns el teléfono.

Cairns obedeció. Una voz de tonos suaves, casi melosos, llegó a sus oídos:

—Hola, Cayne. ¿Cómo estás? ¿Duermes bien? ¿Te quitan el sueño los cinco asesinatos que cometiste, en unión de tus compinches?

El agente que escuchaba hizo un gesto a su compañero. Este comprendió y cogió el transmisor de radio, por medio del cual pidió que localizasen el lugar desde donde se efectuaba la llamada.

—Estás protegido, me imagino —continuó la voz—. Pero esa protección no te servirá de nada. Irás a parar al mismo sitio donde ahora están los cuatro que ya han muerto.

Cairns barbotó una maldición. Al otro lado de la línea se oyó una diabólica carcajada.

Luego, el teléfono hizo «clic». Los dos policías se miraron.

—No habrán tenido tiempo de llegar —dijo el que había escuchado.

Cairns estaba derrumbado en un sillón, completamente desmoralizado.

—Yo no sé nada de ese crimen, no lo sé... —gemía.

—¿Por qué no habla de una vez? —dijo el agente McConnell.

—Descargaría su conciencia y el fiscal sería compasivo con él —añadió Robertson.

Los labios de Cairns temblaron.

—Yo no fui, yo no lo hice...

Los dos agentes cambiaron entre sí una mirada. Era de compasión, pero también de desprecio.

El teléfono sonó de nuevo media hora después.

La operación se repitió. McConnell tomó el supletorio y se dispuso a escuchar.

—Ya sé —dijo la vez— que han tratado de localizarme y lo mismo

harán ahora. Pero, como antes, no les daré tiempo. Cairns, solo quiero decirle una cosa: le perdonaré la vida a cambio de que me diga el lugar dónde está escondido el botín de la Security Express.

* * *

—De modo que la mujer, en la segunda llamada, pidió que Cairns le revelase el escondite.

—Así es, Cliff —respondió McConnell.

—Entonces, ya no busca la venganza, sino el provecho personal —opinó el otro agente.

—Tal vez está compaginando ambas cosas —sugirió Miles.

—Pudiera ser —admitió Robertson—. A fin de cuentas, los muertos, muertos están y no se les puede volver a la vida.

—Y los vivos, en cambio, pueden disfrutar de dos millones —agregó McConnell.

—Quizá el asesino pretende una cosa —dijo Miles.

Los otros le miraron con interés. Cairns estaba al fondo de la sala y no podía escuchar la conversación.

—Esas cuatro primeras muertes fueron ejecutadas para impresionar a los supervivientes —siguió el joven—. Cairns está deshecho y de Fogarty tengo las mismas noticias. Por seguir vivos, harían cualquier cosa.

—Es muy probable, pero entonces el asesino tendría que ponerse en comunicación con alguno de los supervivientes —dijo McConnell.

—Desde luego, aunque, si está vigilado, no se me alcanza cómo pueden establecer tal comunicación.

—Ella es muy astuta —dijo Robertson—. Encontrará algún medio.

Miles se dirigió hacia la puerta.

—No le perdáis de vista en ningún momento —aconsejó.

Abandonó la casa y regresó a la oficina, apenas unos segundos antes de que lo hicieran Gardner y Martin. Los dos agentes oyeron el teléfono en el momento de entrar.

—¿Miles? —sonó una voz femenina, de indudables matices irónicos.

—Yo mismo, señorita Cummings —respondió el joven.

—Ah, me ha reconocido —dijo ella.

—Tiene usted una voz muy agradable, aunque también fácil de recordar. ¿Puedo servirla en algo?

—Sí. Mañana le enviaré una factura.

Miles alzó las cejas.

—¿Una factura? ¿Por qué, Sheila? —la llamó por su nombre inconscientemente.

—Por lo que me costará la mujer que venga a arreglarme mañana el piso. Ha quedado como si hubiera pasado por él una manada de elefantes drogados —contestó Sheila cáusticamente.

Miles se quedó tan sorprendido por la respuesta que, cuando quiso decir algo, ella había cortado ya la comunicación.

Volvió el teléfono a la horquilla y miró a los otros dos agentes.

—Ya sé que no habéis encontrado nada de interés —dijo.

—Así es, Cliff —corroboró Gardner.

* * *

La carta llegó a Cairns, quien se dispuso a abrirla. El agente McConnell contemplaba la operación expectantemente.

Cairns se percató de la actitud de McConnell y se quedó quieto, sin abrir el sobre.

—Usted no tiene derecho a leer mi correspondencia —dijo.

McConnell hizo un gesto con la mano.

—Adelante —invitó—. No quiero entrometerme en sus cartas de amor.

Cairns soltó un bufido. Rasgó el sobre, sacó una cuartilla doblada en dos, la desplegó y leyó:

«Acuda pasado mañana, a las siete y media de la tarde, a la esquina de Brereton Palms y Ardmore. Solo, por supuesto. Yo me identificaré y usted solo tendrá que entregarme un papel en el que conste el escondite del dinero. A esas horas, el lugar señalado está bastante concurrido y, como comprenderá, no voy a matarlo a la vista de decenas de personas. Pero es la última oportunidad que tiene de salvar su vida».

Cairns dudó un momento. Luego, sin pronunciar palabra, entregó la carta a McConnell.

—Perfectamente —aprobó el agente, después de la lectura—. Ha hecho usted muy bien, señor Cairns —sonrió y añadió—: Creo que le conviene acudir a la cita y, puede estar seguro, a partir de ese momento, gozará usted de una tranquilidad absoluta.

—Espero que no sea la tranquilidad absoluta de la tumba —dijo Cairns, haciendo una mueca.

* * *

—Esa esquina está muy concurrida a la hora citada —dijo el jefe—. Ella espera que la abundancia de gente nos confundirá. Y, la verdad, suponiendo que Cairns conozca el escondite, recibir un papelito con la indicación, en medio del barullo, no encierra ninguna dificultad.

—Me pregunto qué disfraz elegirá —habló Miles, preocupadamente.

—Lo mismo da, Cliff. Hay que fijarse, especialmente, en toda mujer que tropiece con Cairns.

—O también en algún tipo delgado —dijo el joven, pensando en Froslar.

—Pudiera ser. Pero es preciso que no haya fallos de ninguna clase, ¿estamos? —el jefe se golpeó, irritado, el yeso que envolvía su pierna—. Si no fuese por esta malhadada fractura...

—Lo haremos todo bien —prometió Miles—. El o la asesina caerán de una vez.

Y, sin saber por qué, pensó en Sheila Cummings y sintió un extraño dolor.

* * *

Matt Froslar entró en el despacho de su jefe y dijo:

—Necesito mil «pavos», señor Lissi.

Hubo un momento de silencio. Lissi contempló perplejo a su subordinado.

—¿Qué te pasa, Matt? —preguntó al cabo—. ¿Te encuentras bien?

—Porque me encuentro bien le pido ese dinero —respondió Froslar—. Quiero cambiar de aires una temporada.

—¿Tienes miedo?

—A decir verdad, sí. Esa rubia no da la cara y no tengo ganas de encontrármela cuando menos me lo piense. Estaré ausente una temporada, hasta que las cosas se hayan calmado. Luego regresaré y todo será como antes.

—Muy bien, Matt; encuentro que es una petición razonable.

Lissi abrió la caja fuerte, contó el dinero y se lo entregó a Froslar, quien desapareció en el acto.

Momentos después, entraba Sturner.

—Jefe, necesito mil dólares —manifestó.

Lissi pegó un bote en el asiento.

—Roy, no me digas que tú también...

—Sí, jefe, se lo digo. He hablado con Matt y ambos estamos de acuerdo en que nos conviene un cambio de aires. ¿Qué, me da ese dinero?

Lissi refunfuñó algo entre dientes, pero acabó por ceder. Más tarde, cuando vino Mollyka, le preguntó si él quería también mil dólares.

—De mil amores, jefe —contestó el sujeto—. Pero ¿por qué me ofrece esa suma?

—Matt y Roy se han largado. Me abandonan, Harvey.

Mollyka hizo un gesto de desprecio.

—Son unos cobardes —calificó—. Yo me quedo.

—Gracias, Harvey. Lo tendré en cuenta. ¿Quieres un cigarro?

—Bueno —aceptó el pistolero—. Jefe, ¿ha pensado en el posible escondite del dinero?

—He pensado tanto, que me voy a arruinar comprando aspirinas —

contestó Lissi mordazmente—. Pero no doy con una idea...

—A mí sí se me ha ocurrido una —manifestó Mollyka—. Quizá Barrie se llevó el dinero a Salaya.

Lissi arqueó las cejas.

—¿Tú crees? —dudó.

—Bueno, por aquí no ha aparecido nada. Barrie fue un sinvergüenza; prometió a unos y a otros, embaucó a todos... ¡y él se quedó el botín, para vivir tan ricamente!

—Sí, pudiera ser —murmuró Lissi, pensativo.

—El negocio de Barrie era bueno, pero no tanto como para comprar una mansión de lujo y vivir luego durante tres años a cuerpo de rey. No, para las dos cosas, no. Si compró la casa, tuvo que quedarse poco menos que con los bolsillos vacíos.

Los dedos de Lissi tabalearon sobre la mesa.

—Eso también es cierto —convino.

—Los terrenos valen muy caros en Salaya. Yo estuve allí una temporada y lo sé. Y una casa de recreo como la que tenía Barrie no se compra por cuatro dólares.

—¿Sabes, Harvey? creo que eres más listo de lo que pareces —sonrió Lissi—. ¿Qué te parecería un viajecito a Salaya?

—Por mí, encantado, jefe —respondió el pistolero.

—Aguardaremos dos o tres días aún; he de dejar mis asuntos en orden, ya que simularé unas vacaciones, para no despertar sospechas. Luego iremos a Salaya y buscaremos aunque tengamos que destruir la casa y cavar en los cimientos.

—El dinero saldrá allí —afirmó Mollyka, convencido de lo que decía.

* * *

A los agentes Grant y Fryars les había correspondido la vigilancia de Jess Fogarty. El último de los sospechosos de la lista estaba tan nervioso como Cairns, a pesar de que los dos policías le habían tranquilizado.

—Hoy caerá la asesina —dijo Grant.

—Quizá, a estas horas, haya sido detenida —añadió Fryars, a la vez que consultaba su reloj de pulsera.

—Y usted quedará libre, pero con cinco muertes sobre su conciencia.

—Esperando que todo esto se olvide algún día, para disfrutar del botín, ¿no es así?

Fogarty emitió una interjección.

—No sé de qué me están hablando —dijo.

—Entonces, ¿por qué aceptó nuestra protección?

Fogarty les volvió la espalda. De súbito, se produjo un gran alboroto en la calle.

Un coche, de los estacionados al otro lado, había empezado a arder con

grandes llamaradas. Grant y Fryars se precipitaron hacia la ventana.

—Los hay descuidados —dijo el primero.

Se oyó una sirena a lo lejos. El estruendo era considerable.

Ninguno de los dos agentes oyó los leves estampidos que anunciaban la muerte de Fogarty. Solo se enteraron de ello al volverse y contemplarlo en el suelo, en medio de un charco de sangre.

CAPÍTULO XI

—Un truco de gran astucia —calificó el jefe—. Nos hizo centrar la atención sobre Cairns, de modo que la vigilancia sobre Fogarty quedó relajada. Además, prendió fuego al coche y en la calle se organizó un barullo más que regular.

—Lo cual le sirvió para entrar por la puerta trasera y disparar sobre Fogarty sin ser visto.

El teléfono sonó en aquel momento. Miles alargó la mano y se lo pasó al jefe.

—Es para usted —indicó.

El jefe tomó el auricular. Escuchó unos momentos y luego devolvió el aparato.

—Sheila Cummings no se movió de su casa —informó.

—Entonces, ¿no ha sido ella? —dijo Miles, desconcertado.

—¿Se le ha ocurrido que quizá tenga un cómplice que la suplente en algunos casos?

—Krashnov no es, desde luego.

—Froslar —apuntó el jefe.

—Ha abandonado la ciudad, lo mismo que Sturner. Tienen miedo.

Los dos hombres callaron unos momentos.

—Hablaré otra vez con Sheila —dijo Miles.

Abandonó Clearville y se dirigió rectamente a casa de Sheila. La joven le recibió con amplia sonrisa.

—¿Qué tal, sabueso? —saludó jovialmente.

—Vengo a pagar cierta factura —dijo él, no menos jovialmente.

—Ah, bueno, siendo así... Entre, le invitaré a una copa. ¿O prefiere café?

—Beberé cualquier pócima que usted prepare, Sheila.

—A lo mejor le preparo un veneno.

—Moriría con la vista fija en su bello rostro.

—Oh, nos ha salido conquistador —rio la joven.

—No, nunca pretendo conquistar algo que pertenece a otro, Sheila.

Ella le dirigió una mirada de extrañeza.

—¿Qué es lo que trata de decirme, Cliff? —preguntó.

—Usted y Krashnov —respondió él intencionadamente, al aceptar la copa que ella le tendía.

Se oyó una cristalina carcajada.

—¿Cómo? Pero ¿es que ha creído que Igor y yo...? —Sheila volvió a

reír—. Cliff, tiene usted una fantasía desbordante.

—Bueno, lo vi aquí hace algunas noches...

—Vino a enseñarme las pruebas de las fotografías que nos hicimos más allá de Hayesboro, eso es todo. Igor no tiene ojos para mí, salvo en el sentido profesional.

—Eso le hace respirar a uno aliviado —sonrió Miles—. Ahora me siento mejor, Sheila.

—¿Ya no sospecha de mí?

—¡Hum! Usted estaba en casa cuando murió Fogarty.

—¡Qué buena vigilancia tienen! —comentó ella irónicamente.

—Pero puede tener algún cómplice, que ocupe su puesto en determinados casos.

—Cliff, refrene su fantasía. Tiene que saber, de una vez para siempre, que yo no he cometido ningún crimen. Lamento decepcionarle, pero es así.

—No, si decepcionarme, no me decepciona, sino todo lo contrario. Pero ¡qué quiere que le diga! es el oficio.

Ella acercó la copa a sus labios, pero no bebió.

—Nadie más que yo desea el castigo de los asesinos —manifestó—. Pero por nada del mundo me arrogaría el papel de justiciera, créame, Cliff.

Miles vació su copa.

—Lo celebro mucho —dijo—. Y ojalá sea verdad.

—No le reprocho que sospeche de mí, pero espero que un día sepa que jamás le he mentado en este aspecto —aseguró Sheila.

* * *

McConnell y Robertson entraron en el despacho, acompañando a un hombre que era la viva estampa de la ruina moral y física.

—Cliff, el señor Cairns quiere decir algo —habló McConnell.

Miles fijó los ojos en el sospechoso.

—Hable, señor Cairns —invitó.

Cairns se sentó en una silla y hundió la cabeza entre las manos.

—Sí, yo fui uno de los autores del asalto al furgón blindado de la Security Express —confesó—. Ya no puedo aguantar más. ¡Quiero vivir! ¿Me comprenden?

—Ese asalto fue realizado bajo la dirección de Barrie. Tomaron parte, además del citado y de usted, Cobb, Morgan, Plaza y Fogarty, ¿no es así?

Cairns asintió pesadamente.

—Es cierto —admitió.

La grabadora, puesta en funcionamiento, recogía todas las palabras del atracador.

—¿Qué hicieron después de cometer el delito? —preguntó Miles.

—Nos dispersamos. Habíamos quedado de acuerdo en que más tarde nos reuniríamos para repartir el botín.

—Barrie se hizo cargo de las sacas con el dinero, ¿no es cierto?

—Sí. Pero nunca nos dijo dónde las había escondido.

—¿Les entregó algo... «a cuenta»?

—Quince mil dólares. Fue una idea de Morgan. Yo le pedí algo más adelante, cuando ya vivía en Salaya, pero él alegó que una transferencia podría despertar sospechas.

—Comprendo. Así pues, no sabe dónde está el botín.

Cairns hizo un claro gesto negativo.

—No, no lo sé —respondió.

* * *

—El asesino ha conseguido casi su objetivo: todos los componentes de la cuadrilla, menos Cairns, han muerto.

—A Barrie lo mató un hombre de Lissi, recuerde —dijo el jefe.

—Es lo mismo. Quizá el asesino especuló con este hecho... ¿o quién sabe si está en connivencia con el propio Lissi?

—Es posible. Todo este asunto, a pesar de lo conseguido, está aún muy confuso. Pero no cabe duda de que la muerte de Barrie fue el factor desencadenante de esta serie de asesinatos.

—Es cierto —admitió Miles—. Diríase que todo estaba tranquilo, sumido, como dicen los literatos, baja el manto del olvido. Alguien mató a Barrie y esa cubierta saltó a un lado.

—Pero no destapó el asunto por completo.

—Nosotros tendremos que hacerlo —suspiró el joven—. Ciertamente que Cayne Cairns ha confesado su participación en el atraco, e incluso nos ha facilitado datos muy importantes, algunos desconocidos para nosotros, pero no el que esperábamos.

—El botín.

—Sí, jefe. Ese escondite solo lo sabía Barrie.

—Un tipo astuto, Cliff —observó el jefe.

—Ya puede asegurarlo. Fue lo suficientemente astuto como para engañar a Lissi, cosa no ciertamente fácil.

—Por cierto, ¿ha dicho Cairns algo sobre la participación de Lissi en el asunto? Su declaración podría comprometerle gravemente.

—No —contestó Miles—. Cairns ha dicho que todos los informes sobre el horario y lugares de paso del furgón los recibió personalmente Barrie. Cairns y los otros actuaron solamente bajo las instrucciones que les dio Barrie, quien no les comunicó la fuente de sus informaciones.

—Parece como si hubieran planeado el golpe hasta el menor detalle —dijo el jefe disgustadamente—. Es un dinero inaprehensible, volátil, se diría, pero que está en alguna parte.

—Ya saldrá —dijo Miles confiadamente—. Tarde o temprano lo encontraremos.

—Voy a darle un consejo —manifestó el jefe—. Una vez más, repase todas las carpetas del caso. Hágalo una y otra vez; el menor detalle, puede constituir una pista que nos conduzca al esclarecimiento final y absoluto del asunto.

—Así lo haré —prometió el joven.

* * *

Vera enarcó las cejas al reconocer a su visitante.

—¡Cliff! ¡Qué sorpresa tan agradable! —exclamó.

—¿Habla en serio? —sonrió él.

Vera se colgó de su brazo.

—Entre, hombre ingrato —dijo—. Me ha tenido abandonada muchos días. A propósito, ¿está de servicio o puede tomar una copa?

—Si la dosis es moderada, una copa. Y no me llame ingrato, Vera; he tenido mucho trabajo estos días.

—Ya me lo imagino. ¿Cómo va el asunto?

—Cada vez peor —suspiró él, dejándose caer sobre un diván.

—Lo siento de veras —ella se acercó y le entregó una copa—. ¿Qué dice Sheila Cummings?

Miles volvió la cabeza.

—¿Por qué lo pregunta? —quiso saber.

—Oh —contestó Vera, sentándose a su lado—. Está relacionada con el caso, ¿no es así?

—En parte —respondió Miles—. ¿La conoce usted?

—Tuvimos cierto trato hace años, cuatro o cinco, más o menos, cuando yo entré a trabajar para Barrie.

—Ah, ya.

—Vivíamos en la misma vecindad. Luego, ella se mudó.

—Después de la muerte de su padre y de su prometido, ¿no es así?

—Aproximadamente, sí, Cliff.

—¿Qué hacía ella entonces, Vera?

—Estudiaba decoración, creo. Luego lo dejó. Parece que no le va mal como modelo publicitaria.

—Sí, es una chica que tiene un tipo muy bonito. No mejor que el suyo, por supuesto, Vera.

—Vamos, Cliff, no me halague. Como siga así mucho tiempo, con esta vida sedentaria, acabaré como un tonel. Tengo que hacer mucho ejercicio para no aumentar de caderas y no digamos de cintura, ¿comprende?

Miles la contempló críticamente unos momentos.

—Pues nadie lo diría —contestó riendo.

—Psé, no estoy mal —admitió Vera con acento intrascendente—. Usted es soltero, creo.

—Téngalo por seguro —dijo él de buen humor.

Vera entornó los párpados.

—Un soltero muy apetecible, todo hay que decirlo —murmuró.

CAPÍTULO XII

El repaso a los documentos del caso resultó inútil. Tras una jornada casi agotadora, Miles regresó a su casa, con la cabeza a punto de estallar, sin haber conseguido nada positivo.

Había tomado algo de cena en el camino y se puso ropas cómodas. A fin de descargar su mente de preocupaciones, encendió la televisión, aunque no concedió gran importancia a lo que se proyectaba.

El teléfono sonó de pronto.

Era Gardner:

—Tengo noticias para ti, Cliff —dijo.

—Adelante —invitó Miles.

—Frosler y Stumer han desaparecido de la ciudad. Parece que tienen miedo a la rubia asesina.

—Interesante, Alan. Ahora recuerdo que esa mujer también se «metió» con la banda de Lissi.

—Sí, aunque parece ser que en los últimos tiempos les había dejado tranquilos. De todas formas, el único que le queda es Mollyka.

—Un tipo fiel —comentó Miles con ironía.

—Dos millones de dólares estimulan mucho la fidelidad —rio Gardner—. Ah, otra cosa; hace un momento me trajeron un sobre para ti. ¿Quieres que te lo lleve?

—¿Estimas que puede ser interesante?

—Tal vez. Lo envía el jefe de policía de Salaya.

—Muy bien, Alan; tráemelo cuando te vayas a casa.

—De acuerdo Cliff.

—Ah, y que la vigilancia sobre Lissi no cese un solo momento.

—Descuida.

Miles volvió el teléfono a la horquilla. Encendió un cigarrillo y contempló una película de dibujos animados.

Al cabo de un rato, llamaron a la puerta.

«Ya está ahí Alan» —se dijo.

Y se levantó para abrir y llevarse una gran sorpresa.

—¡Sheila! —exclamó.

Ella le dirigió una brillante sonrisa.

—¿Qué tal, Cliff?

Miles la contempló durante unos segundos. Sheila vestía con sencillez, pero hasta un traje de harapos habría parecido un vestido de fiesta en ella. Era su presencia y su figura lo que realizaba la indumentaria y no al revés,

pensó.

—¿Se ha quedado mudo? —preguntó Sheila, sin dejar de sonreír.

Miles reaccionó y se echó a un lado.

—Usted es capaz de dejar sin habla a un propagandista político, solo con mirarle —dijo.

—Es usted simpáticamente exagerado —rió la joven—. ¿Tan... bien me encuentra, Cliff?

—Arrebatadora —calificó Miles. Y, de pronto, reparó en el gran bolso que pendía de la mano izquierda de Sheila.

Ella captó el significado de la mirada y le entregó el bolso.

—Le autorizo a que lo registre —dijo.

Hubo un momento de silencio. Luego, Miles contestó:

—Déjelo por ahí, Sheila. Voy a prepararle algo de beber.

—Gracias, Cliff, pero... ¿no tiene miedo de que lo mate, aprovechando un descuido suyo?

—No —contestó él, desde el aparador de los licores—. Porque, si usted fuese la asesina, no cometería el error de matar a un agente, sabiendo que otro tomaría su puesto.

—Gracias por apreciar mi inteligencia.

Miles le entregó la copa.

—Y, además, porque no lo es —añadió.

—Eso ya me gusta más —los ojos de Sheila brillaron extrañamente—. De las dos respuestas, es la que considero más estimable.

Tomó un sorbo.

—Entonces, ya no sospecha de mí —dijo.

—Pudo ser un hombre de su estatura y delgado. Hay gente capaz de disfrazarse muy bien, Sheila.

—Eso sí es cierto —Sheila se sentó lánguidamente en el diván—. Aún no me ha preguntado por qué he venido a verle.

—Esperaba que usted me lo dijera, Sheila.

Ella lanzó una risita.

—¿Quiere que le diga la verdad, Cliff?

—Lo apreciaré mucho —respondió él.

—Entonces... no sé por qué he venido a verle. Salí a pasear, desde luego, estaba un poco inquieta y nerviosa. Y, casi de repente, me encontré en las inmediaciones de su casa. Entonces, sentí el impulso de verle.

—Tal vez para decirme algo importante relacionado con el caso.

Sheila hizo un gesto negativo.

—No, Cliff, no tengo nada que decirle... porque lo ignoro todo. Si supiese algo, se lo diría, créame.

Miles fijó la vista en el hermoso rostro de Sheila.

Ella le miraba también fijamente, pero había dejado de sonreír. Miles captó un cierto cambio de ritmo en la respiración de la joven, que se

reflejaba en los movimientos de vaivén de su busto.

De pronto, se inclinó hacia Sheila.

—Cliff —dijo la joven.

Los brazos de Miles rodearon su talle. Sheila pareció resistirse un momento, pero, enseguida, se abandonó a la dulce languidez del momento y enroscó en torno al cuello del agente dos cálidas serpientes de carne blanca y perfumada.

Los labios de la pareja se fundieron en un beso estallante.

* * *

El timbre de la puerta resonó de pronto. Miles se levantó de un salto.

—Perdóname —se disculpó.

Sheila le dirigió una ardiente sonrisa. Miles cruzó la estancia y abrió.

—Hola, Cliff —saludó Gardner con acento voluble—. Aquí te traigo el sobr...

Gardner se interrumpió de repente al ver a Sheila por encima de los hombros de su amigo. Sheila estaba en el diván, erguida, los brazos en alto para retocarse un poco el peinado.

—Vaya —dijo, haciendo una mueca—, parece que he llegado en un momento poco oportuno.

—Nada de eso, Alan —sonrió Miles—. ¿Quieres entrar a tomar una copa?

—Oh, no, muchas gracias. Violaría el undécimo mandamiento. Tú ya sabes: no estorbar, etcétera, etcétera... Adiós, Cliff.

—Hasta la vista, señor Gardner —dijo Sheila con encantadora sonrisa.

Gardner miró a su amigo y luego le dio un codazo disimulado en el estómago.

—Eres un tío con suerte —se despidió en voz baja.

Miles cerró la puerta.

—Tengo que leer esta carta —manifestó—. ¿Me dispensas, Sheila?

—Claro —accedió la joven.

Miles se sentó en el diván y rasgó el sobre. Extrajo un par de cuartillas y empezó a leer con gran atención.

Sheila encendió un cigarrillo y luego contempló a Miles, que parecía absorto en la lectura. De pronto, Miles lanzó una exclamación.

—¿Sucede algo, Cliff? —preguntó ella.

—Me han enviado unos informes muy interesantes —respondió Miles—. Si no te importa, voy a hacer una llamada telefónica.

Miles se acercó al aparato y marcó un número. Esperó unos momentos, hasta que oyó la voz de su jefe:

—Hola, ¿quién es?

—Miles. Tengo noticias para usted.

—Buenas, supongo. ¿O vas a anunciarme otra defunción?

—Por ahora, no, afortunadamente. Se trata de unos informes que envía el jefe de policía de Salaya.

—Ah, eso es interesante. En sustancia, ¿qué dicen esos informes?

—Se refieren a Barrie. Estuvo allí en un par de ocasiones, bastante antes de que se cometiera el asalto. Parece ser que fue entonces cuando comprometió la casa que luego compró.

—Una buena noticia. ¿Qué más, Cliff?

—Volvió al cabo de un tiempo. Ya había sido asaltado el furgón blindado, aunque aún no sospechábamos de él. Entonces llegó para establecerse y traía un abundante equipaje.

—En el cual, es de presumir, viajaría el botín.

—Eso mismo creo yo, jefe.

—¿Qué medio de transporte empleó para llegar a la isla, Cliff?

—Una motora, alquilada en Miami, según parece.

—El método ideal para llevarse dos millones, sin levantar sospechas, ¿no crees?

—Sí, jefe. Y ahora es cuando más convencido estoy de que ese botín está en Salaya.

—Después de lo que me has dicho, yo también —convino el jefe—. Barrie fue muy astuto y todo el tiempo nos hizo creer que el botín no se había movido del continente.

—Así pudo dedicarse a la holganza en Salaya —dijo Miles, sonriendo—. Cada vez que tenía necesidad de dinero, le bastaba abrir un saco y coger un buen fajo de billetes.

—Ninguno de los cuales estaba registrado —suspiró el jefe—. Bien, Cliff, ahora ya sabes lo que tienes que hacer.

—Sí, registrar la casa de Barrie hasta los cimientos. Mañana mismo iré a Salaya.

—No dejes de comunicarme el resultado apenas hayas conseguido algo. ¿Irás solo?

—No me hará falta nadie más —contestó Miles.

Y colgó el teléfono.

Sheila le miraba sonriendo.

—Tengo la sensación de que se han producido importantes novedades —dijo.

—Así es —confirmó él—. Mañana salgo de viaje.

—Salaya tiene fama como lugar de recreo. Nunca he estado allí.

—Tal vez yo te lleve algún día, Sheila.

Ella se puso en pie. Miles se acercó a la joven y le puso las manos en la cintura.

—Si quieres acompañarme, claro —añadió.

—Será un placer, Cliff —aseguró Sheila, con la sonrisa en los labios.

Más tarde, Miles se dispuso a acostarse. Entonces reparó que el

televisor seguía encendido.

«La verdad —se dijo sonriendo—, ninguno de los dos hemos reparado demasiado en ello».

Entonces oyó una palabra que llamó su atención.

Miles frunció el ceño. El locutor hablaba de Salaya.

Interesado, contempló las imágenes. Era un reportaje sobre las bellezas paradisíacas de aquella isla tropical.

—El único inconveniente —decía el locutor—, son los tiburones, aunque hay playas seguras, defendidas por barreras de arrecifes, en donde el visitante puede bañarse con toda seguridad. Sin embargo, hay otros lugares de la costa donde no solo el baño es desaconsejable, sino peligroso. Vean una bandada de tiburones, merodeando junto a un sector de la costa, acantilado, sin duda en busca de comida...

Las imágenes poseían una sorprendente nitidez. La cámara ejecutó un barrido panorámico y luego, otra cámara, instalada, al parecer, en un helicóptero, permitió ver un sector de la costa desde unos cien metros de altura.

El *zoom* de la cámara acercó las imágenes, de modo que se pudieran ver las oscuras siluetas de los escualos, moviéndose en las aguas. El trazado accidentado de la costa quedaba reflejado con sorprendente fidelidad.

Súbitamente, Miles lanzó una exclamación:

—¡El ojo de la cerradura!

Allí lo tenía, ante los suyos propios, con un trazado más irregular que el que conocía, pero, indudablemente, el lugar señalado en el dibujo que un día trazó Barrie y que Vera le había reproducido.

Miles se hurgó en los bolsillos y no encontró nada. Fue al otro traje y sacó el dibujo y otro papel: la lista de los pandilleros de Lissi.

Regresó a la sala. El reportaje sobre Salaya había finalizado ya y cerró el televisor.

Profundamente preocupado, estudió el dibujo, mientras, de modo maquinal, sostenía la lista con la otra mano.

El teléfono sonó de pronto. Miles salió de la abstracción en que había caído.

—Cliff —era Gardner.

—Sí, Alan.

—¿Tenías, por casualidad, el televisor encendido?

—Efectivamente, Alan.

—Entonces, habrás visto el reportaje sobre Salaya.

—Lo he visto —confirmó Miles con una sonrisa.

—En ese caso, me parece que ya sabes dónde está el ojo de la cerradura.

—Sí, Alan.

—¿Y bien, Cliff?

- Hablaemos mañana, a primera hora.
- De acuerdo. Ah, una pregunta, Cliff.
- Dime, Alan.
- ¿Estaba ella cuando se emitió el reportaje?
- No, ya se había ido. Pero sabe que voy a ir a Salaya.

CAPÍTULO XIII

La motora atracó al muelle y los dos pasajeros saltaron a tierra inmediatamente.

Lissi y Mollyka tomaron un taxi, que les condujo a casa de un tal Bill Potter, agente de fincas.

—Quiero alquilar la casa denominada Westview —dijo Lissi, sin más preámbulos—. Es decir, si está libre.

—Lo está, aunque no tengo instrucciones al respecto, ya que los herederos del señor Barrie no me han comunicado su decisión sobre la propiedad —respondió Potter.

—Al menos, podremos verla, ¿no es así?

—No hay ningún inconveniente, señor...

—Jones, Tom Jones —mintió Lissi con todo descaro. Sacó un fajo de billetes y puso cien sobre la mesa—. Un anticipo a cuenta —dijo.

Potter extendió un recibo sin inmutarse y se lo entregó al visitante, junto con las llaves de la casa.

—Si lo desean, puedo acompañarles a Westview... —sugirió.

La idea fue rechazada contundentemente por Lissi.

—No es necesario que se moleste, señor Potter —dijo.

—Muy bien, como guste, señor Jones. Ah, recuerde el acantilado. Los tiburones son muy peligrosos.

—Sí, ya sé lo que le pasó al pobre Barrie. Muchas gracias, señor Potter.

—A usted, señor Jones.

Mollyka aguardaba abajo, en la calle, con un automóvil que había alquilado, sin chófer. Sonriendo, Lissi se acercó al coche, a la vez que hacía saltar las llaves en la palma de la mano.

—No lo parecen, pero son las llaves de un arca que contiene dos millones de dólares —dijo, mientras se acomodaba en el asiento posterior.

Atravesaron la isla en menos de un cuarto de hora. La casa de Barrie apareció en lo alto de una pequeña loma, de suaves laderas, cubiertas de césped y con abundante arbolado.

—Menuda vida se pegaba aquí el pájaro —dijo Mollyka, al apearse del coche.

—Sí, en Salaya se vive estupendamente —convino Lissi.

Atravesaron el jardín. Lissi abrió la puerta y contempló el anchuroso vestíbulo.

—Harvey —dijo—, ha llegado el momento de empezar a buscar el botín.

—Sí, jefe —contestó Mollyka—, pero antes de seguir adelante, me gustaría aclarar una cosa. Y dejar el asunto bien sentado desde el principio.

—Bueno, habla —invitó Lissi—. ¿De qué se trata, Harvey?

—Del dinero. ¿Cuánto me va a tocar a mí?

Hubo un momento de silencio. Lissi estudiaba la respuesta que debía dar a su acólito.

—Medio millón —dijo al cabo.

Mollyka hizo un gesto negativo.

—Es poco, jefe —rechazó la oferta.

Lissi se enfureció.

—Harvey, no me digas que...

—El cincuenta por ciento —cortó fríamente el esbirro.

—Estás loco —barbotó Lissi.

—Jefe, ¿por qué se cree que me he quedado, aguantando el riesgo de ser tachado de la lista por esa maldita rubia?

Los ojos de Lissi miraron con furia a Mollyka.

—Yo trabajé demasiado para que ahora...

Mollyka dio un paso hacia la puerta.

—¿Quiere que avise al jefe de policía? —sugirió malévolamente.

—¡Quieto! —tronó Lissi—. De acuerdo, el cincuenta por ciento, Harvey.

El pistolero sonrió.

—Así está mejor, jefe —contestó—. ¿Qué, empezamos a buscar?

—Sí, cuando quieras, Harvey.

Mollyka dio un paso hacia adelante. Los ojos de Lissi se fijaron en una estatua de bronce, que representaba a una hermosa joven, cubierta con un mínimo de ropa.

La estatua se alzó lentamente en el aire. Al caer, produjo un ruido horrendo: el de los huesos del cráneo de Mollyka al quebrarse por el terrible impacto.

Lissi volvió la estatua rápidamente a su sitio. Luego, agachándose sobre el caído, le envolvió la cabeza con su propia chaqueta y lo arrastró hasta un ropero cercano, en cuyo interior lo dejó encerrado.

En el ropero había todavía algunas prendas de ropa, que habían pertenecido a Barrie. Lissi vio un gran pañuelo de cuello y tiró de él, regresando junto a la estatua. Había algunas pequeñas manchas de sangre, con pelos adheridos, y limpió el metal con todo cuidado.

El pañuelo fue a parar de nuevo al ropero. Lissi cerró con llave, que guardó en el bolsillo, y luego paseó la mirada a su alrededor.

—¿Dónde diablos pudo esconder ese condenado el botín? —se preguntó, perplejo e irritado al mismo tiempo.

Pero, por otra parte, se sentía satisfecho: los dos millones del robo a la Security Express iban a pasar íntegros a su bolsillo.

A través de los prismáticos, Miles observó los movimientos de Lissi. Gardner estaba a su lado, provisto igualmente de otros gemelos.

Lissi desaparecía a veces de la vista, cuando se encontraba en una zona opaca. Luego lo veían cruzar por delante de algunas de las ventanas y también apreciaban sus gestos de rabia al derribar un mueble o un adorno.

—Está solo —dijo Gardner—. ¿Es que Mollyka no ha venido con él?

—Quizá hemos llegado un poco tarde, Alan —opinó Miles.

—¿Por qué dices eso, Cliff?

—Mollyka ha venido a Salaya, de eso no cabe la menor duda. Incluso estoy seguro de que está en la casa.

—Pero no le vemos...

—Los muertos no se mueven, Alan.

Gardner se estremeció.

—Cliff, ¿tú crees...?

—No me extrañaría en absoluto —dijo Miles—. De este modo, Lissi queda solo para disfrutar el botín.

—Si lo encuentra, claro.

Un coche llegó en aquel momento. La portezuela se abrió y una mujer se apeó del vehículo.

—¡Rayos! —juró Gardner—. ¡Es...!

Miles se irguió.

—No es posible —dijo, lleno de incredulidad.

Sheila Cummings miró un instante a los lados. Luego, con paso rápido y elástico, avanzó hacia la casa.

Miles tenía las facciones contraídas. Gardner le miró y comprendió la decepción que sufría su compañero.

—Ya no hay duda, Cliff; es ella —dijo.

Miles asintió sombríamente.

—Vamos —dijo, poniéndose en pie—. Pero con cuidado; es preciso que podamos sorprenderlos.

Los dos hombres dejaron su observatorio y avanzaron hacia la casa, en la cual acababa de entrar Sheila. Lissi oyó el ruido de la puerta y se volvió rápidamente.

—¿Quién es usted? —preguntó con hosco acento.

—Eso no le interesa —respondió ella—. Busco a...

Lissi sacó velozmente una pistola.

—No me importa a quién busque, señora —rezongó—. De lo que sí estoy seguro es de que no me va a molestar en absoluto.

Sheila retrocedió un paso.

—¡Quieta! —rugió Lissi—. No me obligue a disparar; no quiero hacerlo. Pero si se pone terca...

La joven se inmovilizó. Lissi se acercó a ella, agarró uno de sus brazos y la empujó hacia adelante.

Su primera intención fue encerrarla en el ropero, pero recordó el cadáver de Mollyka y rectificó. Siguió adelante, llegó a la cocina y abrió la puerta de una gran alacena.

—Ahí estará hasta que yo lo diga —exclamó, a la vez que la empujaba sin ninguna ceremonia.

La puerta se cerró de golpe. Sheila oyó el ruido de la llave al girar en el ojo de la cerradura.

Pero no se desanimó del todo. Conservaba su bolso y lo abrió, para sacar un encendedor, cuya llama le sirvió para encontrar un interruptor de la luz.

Había alimentos en conserva y cacharros de cocina en los estantes. También encontró un cuchillo, con el cual, y sin pérdida de tiempo, empezó a trabajar en la cerradura, a fin de escapar del encierro.

* * *

Lissi empezaba a hartarse de buscar en vano.

Había tanteado paredes y suelos, sin encontrar nada. Los cuadros yacían por el suelo. En toda la casa, no había una sola caja de caudales.

«¿Algún escondite en el jardín?» —se dijo.

Salió por la puerta opuesta, que daba a la costa. Había una terraza y hasta los acantilados, la distancia era de unos cuarenta o cincuenta metros.

Un sendero de grandes losas, de irregulares contornos, conducía a una segunda terraza, en la que todavía se veían algunos muebles de jardín. Lissi caminó lentamente, golpeando cada losa con el tacón.

Al fin llegó al borde del acantilado y se asomó para mirar hacia abajo. Los escualos se movían perezosamente en un sector de aguas increíblemente transparentes.

De súbito, Lissi vio algo que le hizo lanzar una exclamación de júbilo.

—Ya está, ya lo tengo...

—¿Seguro? —sonó una voz femenina.

Lissi se volvió como un rayo. Ya tenía la mano bajo la chaqueta, pero se detuvo al ver la pistola que le apuntaba rectamente al pecho.

El arma estaba sostenida por una mano femenina, enguantada en negro. Los ojos de la mujer, de brillantes cabellos rubios, se hallaban ocultos por unas grandes gafas ahumadas.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Una vez le envié un reloj. ¿Ya lo ha olvidado? —contestó ella, sonriendo malignamente.

Lissi se puso pálido.

—Usted no tiene encima ahora el reloj, pero ya ha marcado su hora, tal como le prometí —dijo la mujer.

Y apretó el gatillo.

Lissi lanzó un chillido horroroso y se tambaleó. Ella disparó de nuevo y el *gangster* saltó de espaldas al vacío.

Los tiburones se arremolinaron ferozmente para disfrutar del inesperado banquete que acababa de caerles de lo alto.

CAPÍTULO XIV

—Pues yo no veo a Sheila por ninguna parte —dijo Gardner, desconcertado.

—Mira en ese ropero —indicó Miles.

—Está cerrado con llave, Cliff.

—Hazlo saltar como sea, demonios —gruñó Miles malhumoradamente.

Gardner buscó por todas partes, hasta encontrar un destornillador. Al abrir la puerta, vio dentro del ropero un cadáver.

—Lissi quiere quedarse solo en el disfrute del botín —dijo.

Miles contempló unos instantes el cuerpo inanimado de Mollyka.

—Sheila es quien me preocupa —dijo al cabo—. Sigamos.

Atravesaron la casa y llegaron a la cocina. Gardner oyó un extraño ruidito y sacó la pistola.

Los dos hombres se acercaron a la puerta de la alacena.

—¿Quién está ahí? —gritó Miles.

—¡Cliff! —sonó la voz de Sheila—. Ábreme, me han encerrado.

Por segunda vez, Gardner tuvo que usar el destornillador. Sheila apareció, sofocada y despeinada.

—Me encerró Lissi... —dijo—. Estás bien, veo —añadió.

—¿Por qué habría de ocurrirme nada? —gruñó Miles.

—Recibí una llamada de tu oficina. Dijo ser la secretaria. Habías sufrido un accidente en Salaya —explicó ella—. Tu estado era tan grave, que no se te podía mover de la casa de Barrie...

—No entiendo nada de nada —dijo Gardner—. ¿Por qué tenían que engañarla de ese modo?

Miles apretó los labios.

—Me parece que yo lo sé —contestó.

En aquel instante, sonó un lejano grito.

—Ha sido hacia los acantilados —exclamó Miles.

Y echó a correr, seguido de Gardner y de Sheila, pero al llegar a la terraza del borde de la costa, la encontraron vacía.

Miles se asomó un momento por el acantilado. Observó cierto enrojecimiento en las aguas y se echó hacia atrás vivamente, a la vez que se ponía el dedo en los labios.

Gardner y Sheila asintieron, comprendiendo los deseos del joven.

—Esperemos —dijo Miles en voz baja.

Transcurrieron algunos minutos. De pronto, se oyeron ciertos leves ruidos.

Una mano enguantada apareció en el borde, asiéndose a un saliente rocoso. La segunda mano se hizo visible casi en el acto.

Luego aparecieron una cara y unos hombros. Miles sonrió y dijo:

—Hola, Vera Haddock.

* * *

Una bolsa de lona, de gran tamaño, pendía del hombro izquierdo de la escritora, cuyo rostro aparecía al descubierto, sin las gafas de color. Los ojos de Vera recorrieron escrutadoramente las caras de las tres personas que tenía frente a sí.

—Ha dado con el ojo de la cerradura, ¿verdad? —añadió Miles.

La costa hacía en aquel lugar un entrante de forma alargada más hacia afuera y circular en el interior. Visto desde cierta altura, el trazado de la costa podía semejar tanto el ojo de una cerradura como una botella o redoma de cuero casi esférico.

—¿Hay mucho dinero ahí abajo, Vera? —preguntó Miles, en vista del silencio de la joven.

—Está todo el botín —respondió ella, sin variar de postura.

—Y usted pensaba ahora disfrutar de ese dinero, ¿verdad?

—¿Qué le hace pensar que iba a entregarlo a obras benéficas? —respondió Vera irónicamente.

—Desde luego, no eran esas sus intenciones —concordó Miles—. Estuvo a punto de lograr un objetivo, largamente ambicionado. Lástima que todo se le haya estropeado en el último momento.

—Hay suficiente dinero para los cuatro, Cliff —dijo ella.

—No, Vera, ese dinero tiene demasiada sangre, incluyendo la de Lissi. Y la de los cinco empleados de la S. E. y la de todos los asesinatos que usted cometió.

—¿Podrá probarlo?

—Puede que cueste, pero lo conseguiremos. En todo caso, le resultará muy difícil explicar su presencia en el lugar donde estaba escondido el botín. Ah, lleva usted una peluca estupenda; vista de lejos, engañaría a cualquiera... como engañó también la peluca que llevaba la falsa señora Benson. Y si tenemos en cuenta que su figura y la de Sheila son muy similares... ¿Es necesario que continúe?

—Siga, siga —dijo Vera burlonamente—. Está diciendo cosas de verdadero interés.

—Llegó a engañarme, Vera. Sus fingidos deseos de ayudarme no eran sino la máscara que ocultaba sus verdaderas intenciones, incluyendo la anécdota de la pesadilla.

—Fue auténtica, Cliff.

—No lo dudo, pero usted creyó que no tendría importancia. ¿Vio el reportaje de la televisión sobre las bellezas turísticas de Salaya?

—Así encontramos los dos el ojo de la cerradura, ¿verdad?

—Sí. Usted especuló muy hábilmente con los pretendidos deseos de venganza de Sheila Cummings. ¿Quién, con más motivos que ella, podría querer vengarse de todos cuantos, de un modo u otro, intervinieron en aquel hecho?

—Cliff, no me diga que no hice un planteamiento inteligente de las cosas —sonrió Vera.

—Sí, desde luego. Y su recompensa iban a ser dos millones de dólares. Total, a cambio de las vidas de unos sujetos que merecían morir. Pero ¿por qué hizo venir a Sheila?

—¿No lo comprende? Lissi debía haberla matado. Luego, ella hubiera cargado con todas las culpas.

—Y usted habría quedado libre y sin sospechas.

—Exacto, Cliff.

—Pero no contó con que Lissi había matado ya a Mollyka y debió de pensar que dos cadáveres podían comprometerle mucho más. Por eso se limitó a encerrar a Sheila, aunque, ¿quién sabe si pensaba asesinarla más tarde? Seguramente, Lissi tenía prisa y no podía perder tiempo escondiendo otro cadáver y borrando las huellas de su crimen. El dinero le interesaba mucho más.

—Lógico, Cliff —sonrió Vera—. Y ahora que ya lo sabe todo, ¿quiere ayudarme a subir?

—Claro, ¿por qué no? —sonrió Miles.

Alargó una mano. Vera la agarró con su derecha y, de repente, tiró hacia sí con todas sus fuerzas.

Sheila chilló. Miles clavó los pies en el suelo y tiró en sentido inverso, quedándose con el guante de la asesina.

El esfuerzo realizado hizo que Vera perdiese momentáneamente el equilibrio. Había dado un tirón muy fuerte y ya no pudo recuperarse.

Un horrible alarido brotó de sus labios al caer de espaldas hacia atrás. La bolsa se abrió y los billetes se desparramaron, revoloteando por el aire, mientras ella se sumergía en el mar.

Sheila se desmayó. Gardner lanzó una maldición.

Vera asomó un instante. El terror más espantoso se reflejaba en su cara.

—¡Cliff! ¡Ayúd...!

Algo tiró de ella hacia abajo, cortando en el acto su petición de ayuda. Las aguas se enrojecieron por segunda vez.

Más tarde, Miles y Gardner bajaron, por los peldaños que Barrie había tallado en la roca viva, a la pequeña cueva que había en el acantilado, a cinco o seis metros del borde. Los saquitos de lona con las iniciales de la Security Express estaban en el escondite que tanto trabajo había costado encontrar.

Sheila oyó el llamador y corrió a abrir la puerta.

—Hola, querido —saludó, echando los brazos al cuello del agente.

Miles la besó con suavidad en los labios.

—Todo está listo ya —dijo.

—Me alegro —los ojos de Sheila brillaban de un modo especial—. ¿Ya no sospechas de mí?

—Cariño, convendrás conmigo en que todo te hacía aparecer como sospechosa —respondió Miles.

—Es cierto, y no te lo reprocharé jamás, Cliff.

—Vera elaboró un buen plan, hay que reconocerlo. Y estuvo a punto de salirle bien.

—Sí, pero no entiendo por qué asesinaba uno tras otro a los sospechosos del asalto.

—Había que dar sensación de venganza. Y tanto Lissi como sus esbirros a fin de cuentas, también eran cómplices.

—Ya entiendo. Lástima —suspiró Sheila—; se dejó cegar por el dinero.

—Y obró con gran astucia, hay que admitirlo. A todos nos trajo de cabeza durante una buena temporada... pero ahora sí se puede decir que es un caso definitivamente cerrado.

—Lo celebro, Cliff —los bellos ojos de Sheila expresaron horror—. Me desmayé cuando vi que ella caía...

—Olvídalo, cariño —aconsejó Miles—. Ah, por cierto, el jefe aún no está curado y quería encargarme un nuevo caso.

—¿Qué le has respondido tú, Cliff?

—He rechazado su proposición. Yo tengo mi propio caso que resolver.

—¿Cuál es? —preguntó ella, sin soltar los brazos de su cuello.

—Un caso bastante difícil: averiguar si me conviene la vida de casado.

—¿Quieres que te ayude yo a resolverlo?

—Empezaremos inmediatamente —contestó Miles—. Pero tengo la sensación de que no te gustará que el viaje de bodas sea a Salaya.

—Nada de eso; todo lo contrario. Iremos a un lugar montañoso, donde no haya peligro de tiburones.

Era una excelente propuesta, aceptó Miles, mientras se inclinaba para besarla con apasionamiento.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

se complace en recomendar
a sus lectores, las colecciones:

HEROES DE LA PRADERA

dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del

"WESTERN"

dos autores cuya fama crece día a día:

SILVER KANE y KEITH LUGER

— y —

LA CONQUISTA DEL ESPACIO

en la que sólo tienen cabida las
más extraordinarias aventuras de

"CIENCIA FICCIÓN"

debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España